

# LA JOVEN Y HERMOSA NOVIA



FENAGOS  
XXX

ED. SATURNINO CALLEJA S.A. MADRID

43 7



00072927

# Cuentos de Calleja



Biblioteca Ilustrada





# LA JOVEN Y HERMOSA NOVIA

año 1934

2/1/10  
**CUENTOS**

22542



LIBRERIA  
**El Ateneo**

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.  
CASA FUNDADA EL AÑO 1826

M A D R I D

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



# BIBLIOTECA ILUSTRADA

TOMO XII

## TOMOS QUE COMPONEN ESTA BIBLIOTECA



PROPIEDAD  
DERECHOS RESERVADOS  
PARA TODOS LOS PAISES

PRINTED IN SPAIN

1. Empresas descabelladas.
2. Las tres plumas.
3. Los mellizos de D.<sup>a</sup> Coneja.
4. En preparación *nuevo título*.
5. La cabrita de oro.
6. El cantarito de lágrimas.
7. El viejo hechicero.
8. Dios en todas partes.
9. La gallina y el pollito.
10. La comadre Muerte.
11. El flautista valiente.
12. La joven y hermosa novia.
13. María Pez y María Oro.
14. El caballo artificial.
15. Aventuras de un naufrago.
16. En preparación *nuevo título*.
17. Los tres enanos de distintos colores.
18. Pulgarcito quiere crecer.
19. Nobleza de un artesano.
20. En preparación *nuevo título*.
21. Aventuras de Lentejilla.
22. El foco eléctrico.
23. Bertoldo, Bertoldino y Caseno.
24. El encanto de los niños.
25. El buen Fridolín y el pícaro Thierry.
26. El cestillo de flores.
27. Rosa de Tanemburgo.
28. Genoveva de Brabante.
29. Carlomagno.
30. Fernando.



## LA JOVEN Y HERMOSA NOVIA

**E**N un bosque muy grande y muy espeso, unos ladrones tenían su cueva tan bien disimulada entre la maleza, que nunca la justicia pudo encontrarles.







Estaban un día todos ellos reunidos en su escondrijo repartiéndose el botín de su último robo, cuando el capitán, que se llamaba Tragaldabas, preguntó:

—¿A quién le toca hoy hacer la comida?




—Al Negro —le respondió uno de la banda.

—Pues anda, Negro —dijo el capitán—, sírvenos, que estamos hambrientos; y para festejar el éxito de nuestra última operación abre el barril de vino blanco que trajimos el otro día.





Se levantó el Negro de mala gana, pues temía que mientras él se ocupaba de la comida tratasen sus compañeros de birlarle su parte de botín; preocupado con esta idea, apenas si se cuidó de la cocina, poniendo, en cambio, toda su atención en lo que hacían los demás.



Terminó, al cabo, de preparar la mesa y, después de haber guardado cada cual lo que les había correspondido en el reparto, se sentaron todos a comer; pero apenas habían empezado a llevarse la comida a la boca, se oyó a uno exclamar:

—¡Rayos y truenos! ¡Esta carne está cruda!



—¡Qué cruda! —decía otro—. ¡Lo que le pasa es que no tiene sal!

—¡No, señor! —protestaba el de más allá—. ¡Lo que tiene es que está abrasada!

—¡Que está cruda!

—¡Que no tiene sal!

De pronto el capitán se puso a hacer unos gestos rarísimos, se abalanzó al jarro del vino y lo vació de un trago.













—¡Mil bombas! ¿Con que no tiene sal? —rugió—. ¡Pues yo me acabo de encontrar media arroba en mi plato!

A todo esto el Negro refunfuñaba:

—¡Pues si no os gusta cómo guiso, que lo haga otro!


De tal modo se agriaba la discusión, que





*El día que yo deje el oficio te casarás conmigo.*

## Cuentos de Calleja



aquello amenazaba terminar a golpes, hasta que el capitán impuso la calma y habló así:

—Nada, muchachos, esto no puede seguir así; un día comemos mal y al otro peor; la casa está hecha una porquería; cada vez que se nos cae un botón, nos acribillamos los dedos a pinchazos para coserle. Hay que buscar una solución y creo que la he encontrado: he decidido tomar una criada que nos haga estos menesteres, que al fin y al cabo son mucho más a propósito para mujeres que para nosotros.

A todos pareció muy bien la idea; pero pensaron que no iba a querer ir a la cueva ninguna muchacha.


El capitán quedó callado un momento, soltó luego una risotada y dijo:

—¿Que no quiere venir ninguna? ¡Pues la traeremos a la fuerza! ¡Robamos la que más nos convenga y ya tenemos criada! Además, así nos saldrá mucho más barata.

Una explosión de risas siguió a las palabras del capitán. Sólo el Negro se permitió objetar:

—¡Mal negocio! Si mezcláis mujeres en nuestros asuntos, nos perderán; más vale seguir comiendo mal y con la casa sucia, pero seguros.

No quisieron hacerle caso sus compañeros y al día siguiente, apenas fué de día, salieron



todos los de la banda, decididos a no volver sin la criada que necesitaban; y, efectivamente, pronto vieron una campesina que había ido al bosque a coger pasto para sus vacas. En un abrir y cerrar de ojos se apoderaron de ella y, a todo correr de sus caballos, la llevaron a su cueva, sin hacer caso de los lamentos ni súplicas de la pobre criatura.

Una vez llegados a su refugio, la explicaron su obligación, amenazándola con que lo pasaría mal si no les servía a gusto.

—Y si te portas bien —la dijo el capitán—, el día que yo deje el oficio te casarás conmigo y, como habré reunido ya una gran fortuna, tendrás bellos trajes y ricas joyas.

Todos aplaudieron la resolución del capitán y decidieron en consecuencia llamar a la muchacha la joven y hermosa novia.

Su verdadero nombre era Rosalía; no tenía un pelo de tonta y pensó que lo mejor era resignarse, contentar en lo posible a los bandidos y procurar que llegasen a confiar en ella, para conseguir mayor libertad y poder escapar algún día.

Hizo, pues, un esfuerzo, sonrió alegremente y dijo que haría con gusto lo que le mandasen.

A partir de aquel día, la cueva de los bandidos estaba siempre resplandeciente de limpia; la comida se componía de manjares tan

## Cuentos de Calleja

sabrosos y con tal arte condimentados, que todos iban engordando a ojos vistas.

Como Rosalía había previsto, viendo los bandidos lo contenta que estaba siempre y lo bien que cumplía sus obligaciones, empezaron a creer que se encontraba muy a gusto entre ellos y poco a poco la vigilancia iba siendo cada día menos estrecha. Siempre que salían a sus expediciones se quedaba uno de ellos para vigilarla. Pero un día se les presentó una ocasión única de robar una diligencia que, con mucho oro, debía pasar por allí cerca, y como iba muy bien escoltada por soldados, decidieron ir todos y dejar sola en la cueva a Rosalía, confiados en que ella no intentaría escaparse.

Apenas hubieron salido, Rosalía decidió aprovechar la oportunidad para recobrar su libertad; fabricó una figura de paja, a la que vistió con ropa suya y asomó a una ventana, con objeto de que si alguno volvía por desconfianza, al ver el muñeco en la ventana creyese que era ella y se volviese a marchar, tardándose así más en descubrir su escapatoria.

Una vez hecho esto, salió de la cueva y, como por las conversaciones de los bandidos sabía por dónde debía pasar la diligencia y dónde pensaban atacarla, empezó a correr por atajos, que como buena campesina conocía muy bien, y consiguió alcanzar la diligencia antes de que llegase al sitio en que los bandidos la

esperaban. Hizo señas a los soldados, éstos se pararon y entonces Rosalía les refirió toda su aventura.

Los soldados tomaron sus precauciones y cuando llegaron al sitio designado para el asalto, tras una corta lucha consiguieron apoderarse de todos los bandidos.

Cuando, poco después, bien atados todos los ladrones caminaban entre los caballos de la escolta, dijo el Negro al capitán:

—Capitán, no quisiste escucharme cuando me opuse a que llevaras a nuestra cueva una criada, y aquí tienes las consecuencias. Háblale ahora a la joven y hermosa novia de bellos trajes y ricas joyas.

Todo el botín que tenían los bandidos en su cueva cayó en poder de los soldados, los cuales se lo distribuyeron por partes iguales, después de apartar la mitad para Rosalía, la cual, por su astucia y su valor, no sólo se salvó de la prisión en que la tenían los bandidos, sino que libró de ellos a la comarca. Todos los habitantes de aquellos contornos celebraron grandes festejos en honor de Rosalía, la que vivió feliz el resto de sus días entre el cariño y agradecimiento de todos sus convecinos.



## RAMILLETE DE FLORES

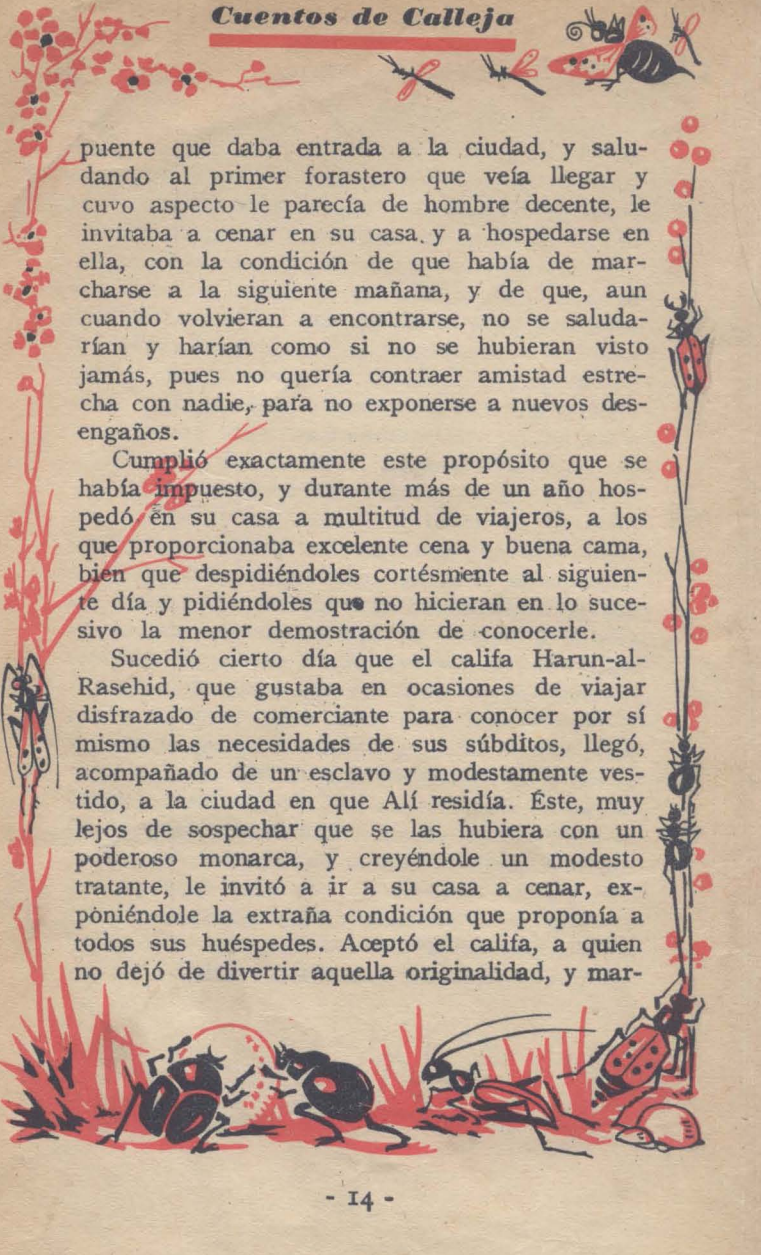
**U**N laborioso comerciante árabe, que a fuerza de afanes y trabajos había reunido un cuantioso capital, murió cuando más le sonreía la fortuna y cuando parecía próximo a realizar más fecundas empresas, dejando a su esposa y un hijo de dieciséis años, hamado Alí, que tenía excelentes sentimientos, pero que ignoraba lo difícil que es hacer una fortuna, pues como nada le había faltado mientras vivió su padre, no sabía que el dinero se marcha fácilmente y se adquiere con mucho trabajo. Su madre, que le amaba con exceso, no tuvo la energía suficiente para detenerlo en la senda de las prodigalidades a que se entregó desde



luego con falsos amigos, que le adulaban mientras les festejaba con regalos y convites, y se reían de él en sus espaldas. En pocos años perdió así la mitad de su fortuna, y comprendiendo que de continuar gastando de ese modo caminaba al precipicio, tuvo la fuerza de voluntad necesaria para hacer un alto y reservar la otra mitad de su capital, que empleó en tierras, a fin de que le rindiesen lo necesario para poder vivir y sostener con decoro a su madre. Ésta, a fin de que Alí comprendiese cuán poco valían sus supuestos amigos, le recomendó que se dirigiese a ellos suponiéndose arruinado y les pidiera algún socorro. Hízolo así el joven; les visitó uno por uno, manifestándoles que se hallaba en la situación más angustiosa; pero todos le respondieron con excusas, y algunos tuvieron el descaro de decirle que si hubiera administrado mejor sus bienes, en vez de dar comilonas, no se vería en tan triste situación.

Marchó Alí a su casa, muy triste ante tan palmario desengaño, y juró no volver a saludar jamás a tan pérfidos amigos. Es más: exagerando su desconfianza hacia todos los hombres, se prometió no volver a intimar con ninguno ni convidar jamás a ningún habitante de la población; pero como le habría sido muy penoso privarse de la sociedad de sus semejantes y de los placeres de la conversación, dos o tres veces por semana se colocaba al extremo de un

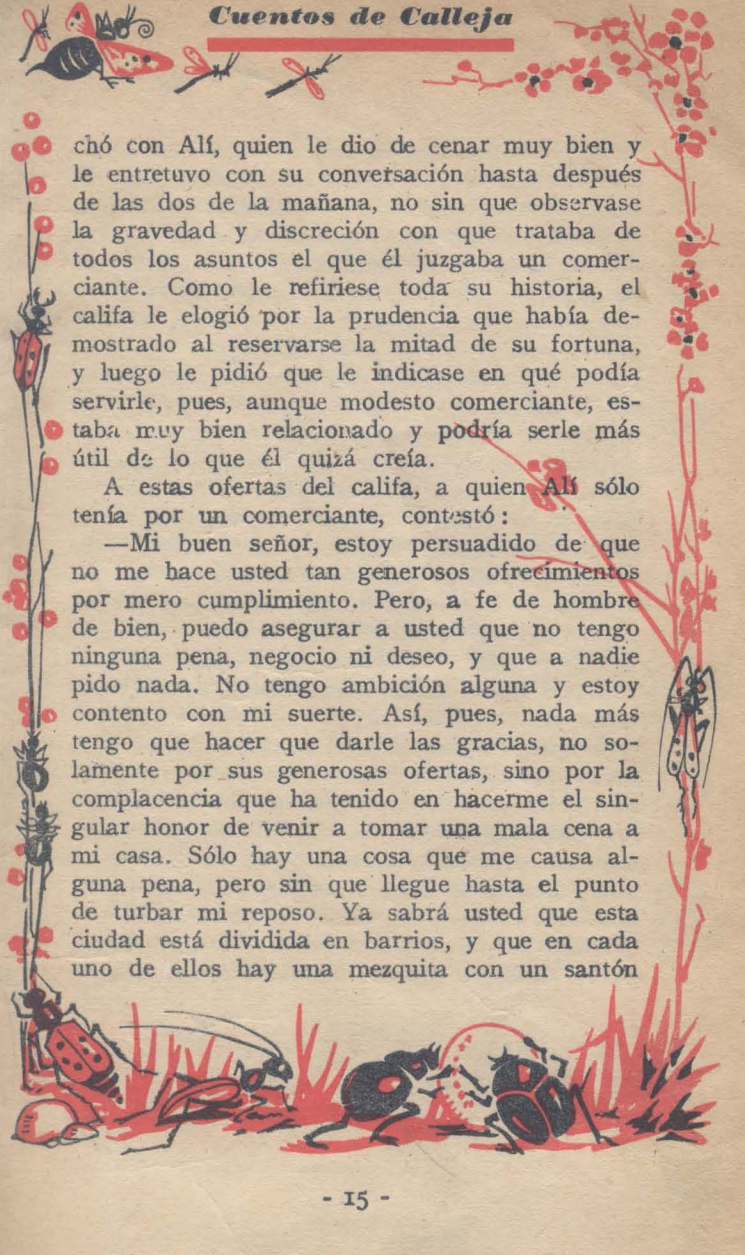




puente que daba entrada a la ciudad, y saludando al primer forastero que veía llegar y cuyo aspecto le parecía de hombre decente, le invitaba a cenar en su casa, y a hospedarse en ella, con la condición de que había de marcharse a la siguiente mañana, y de que, aun cuando volvieran a encontrarse, no se saludarían y harían como si no se hubieran visto jamás, pues no quería contraer amistad estrecha con nadie, para no exponerse a nuevos desengaños.

Cumplió exactamente este propósito que se había impuesto, y durante más de un año hospedó en su casa a multitud de viajeros, a los que proporcionaba excelente cena y buena cama, bien que despidiéndoles cortésmente al siguiente día y pidiéndoles que no hicieran en lo sucesivo la menor demostración de conocerle.

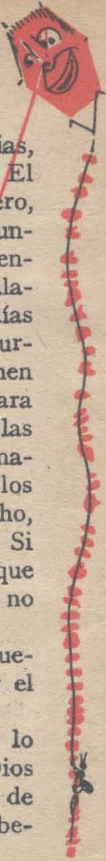

Sucedió cierto día que el califa Harun-al-Rashid, que gustaba en ocasiones de viajar disfrazado de comerciante para conocer por sí mismo las necesidades de sus súbditos, llegó, acompañado de un esclavo y modestamente vestido, a la ciudad en que Alí residía. Éste, muy lejos de sospechar que se las hubiera con un poderoso monarca, y creyéndole un modesto tratante, le invitó a ir a su casa a cenar, exponiéndole la extraña condición que proponía a todos sus huéspedes. Aceptó el califa, a quien no dejó de divertir aquella originalidad, y mar-



chó con Alf, quien le dio de cenar muy bien y le entretuvo con su conversación hasta después de las dos de la mañana, no sin que observase la gravedad y discreción con que trataba de todos los asuntos el que él juzgaba un comerciante. Como le refiriese toda su historia, el califa le elogió por la prudencia que había demostrado al reservarse la mitad de su fortuna, y luego le pidió que le indicase en qué podía servirle, pues, aunque modesto comerciante, estaba muy bien relacionado y podría serle más útil de lo que él quizá creía.

A estas ofertas del califa, a quien Alf sólo tenía por un comerciante, contestó:

—Mi buen señor, estoy persuadido de que no me hace usted tan generosos ofrecimientos por mero cumplimiento. Pero, a fe de hombre de bien, puedo asegurar a usted que no tengo ninguna pena, negocio ni deseo, y que a nadie pido nada. No tengo ambición alguna y estoy contento con mi suerte. Así, pues, nada más tengo que hacer que darle las gracias, no solamente por sus generosas ofertas, sino por la complacencia que ha tenido en hacerme el singular honor de venir a tomar una mala cena a mi casa. Sólo hay una cosa que me causa alguna pena, pero sin que llegue hasta el punto de turbar mi reposo. Ya sabrá usted que esta ciudad está dividida en barrios, y que en cada uno de ellos hay una mezquita con un santón



para hacer la oración a las horas ordinarias, a la cabeza del cuartel que se reúne en ella. El santón es un viejo alto, de semblante austero, y el mayor hipócrita que ha habido en el mundo. Se ha asociado para consejeros a cuatro enredadores, gente poco más o menos de su calaña, que por lo regular se reúnen todos los días en su casa, y en su conciliábulo no hay murmuración, calumnia ni picardía de que no echen mano contra mí y contra todo el barrio, para turbar en él la tranquilidad y fomentar las disputas. Se hacen temer de los unos y amenazan a los otros. Quieren, en fin, hacerse los amos y que todos se gobiernen por su capricho, cuando no saben gobernarse ellos mismos. Si he de decir la verdad, no puedo tolerar el que se mezclen en lo que no les incumbe y que no dejen vivir a nadie en paz.

—Según eso —replicó el califa—, ¿usted querría, sin duda, hallar algún medio de atajar el curso de ese desorden?

—Usted lo ha dicho —contestó Alí—, y lo único que desearía para el efecto es que Dios me hiciese califa, en lugar del comendador de los creyentes Harun-al-Rasehid, nuestro soberano señor y amo, solamente por un día.

—¿Qué haría usted si eso se realizara? —preguntó el califa.

—Haría una cosa que serviría de gran ejemplo y causaría satisfacción a todas las gentes



honradas. Mandaría dar cien palos en las plantas de los pies a cada uno de esos cuatro enredadores, y doscientos al santón, para enseñarles que no es propio de su ministerio el turbar y apesadumbrar así a sus vecinos.

Pareció muy divertida al califa la idea de Alí, y, como le gustaban las aventuras extraordinarias, quiso sacar partido de la ocasión para divertirse. Así, pues, elogió el capricho de su anfitrión y le dijo que a buen seguro cosas más difíciles de realizarse había en el mundo.

—¿Se burla usted? —preguntó Alí.

—Yo no me burlo —replicó el califa—. Dios me guarde de tener un pensamiento tan fuera de razón para con una persona como usted, que me ha obsequiado tan bien, siendo yo un sujeto del todo desconocido; creo que tampoco el califa se burlaría si nos oyese. Mas pare aquí este discurso; es ya más de la media noche y debemos acostarnos.

—Cortemos pues, aquí la conversación —dijo Alí—; no quiero poner obstáculo alguno a su descanso. Pero como todavía queda vino en la botella, es preciso, si a usted le parece, que la desocupemos, y en seguida nos acostaremos. Lo único que le recomiendo es que, al salir por la mañana, en el caso de que yo no me haya despertado, no deje usted la puerta abierta, sino que se tome el trabajo de cerrarla.



El califa le prometió ejecutar esto con toda fidelidad.

Mientras que estaba hablando Alí, se había apoderado el califa de la botella y de dos vasos. Se echó de beber el primero, haciendo conocer a Alí que era en señal de reconocimiento. Apenas hubo bebido, echó con disimulo en la taza de Alí una corta porción de unos polvos que tenía consigo, y sobre ellos desocupó el resto de la botella. Al presentársela, le dijo :

—Usted se ha tomado el trabajo de echarme de beber toda la noche ; lo menos que yo debo hacer es ahorrarle este trabajo por la última vez ; suplícole tome esta taza de mi mano y que beba este trago a mi salud.

Tomó Alí la taza, y para manifestar más a su huésped con cuánto placer recibía el honor que le dispensaba, bebió y la apuró casi toda de un sorbo ; pero apenas la hubo dejado sobre la mesa, cuando hicieron su efecto los polvos. Se apoderó de él una somnolencia profunda, cayendo su cabeza sobre las rodillas tan repentinamente, que no pudo menos de reírse el califa. El esclavo de quien se había hecho servir había vuelto apenas cenó y hacía rato que estaba pronto a recibir sus órdenes.

—Cárgate ese hombre al hombro —le dijo el califa—, pero procura señalar bien el sitio en donde está esta casa, a fin de traerlo cuando yo te lo mande.



Dicho esto, salió de la casa el califa, seguido del esclavo que había cargado con Alí; pero sin cerrar la puerta, como éste se lo había suplicado, lo que hizo a propósito. Apenas llegó a palacio, entró por una puerta secreta e hizo que le siguiese el esclavo hasta su habitación, en la que lo esperaban todos los empleados de su cámara.

—Desnudad a este hombre —les dijo— y acostadlo en mi cama.

Desnudaron los empleados del califa a Alí, le pusieron el vestido de cama del califa y le acostaron, conforme a su orden. Nadie se había acostado aún en el palacio, y el califa hizo venir a todos los demás dependientes y a las damas; y cuando todos estuvieron en su presencia, les dijo:


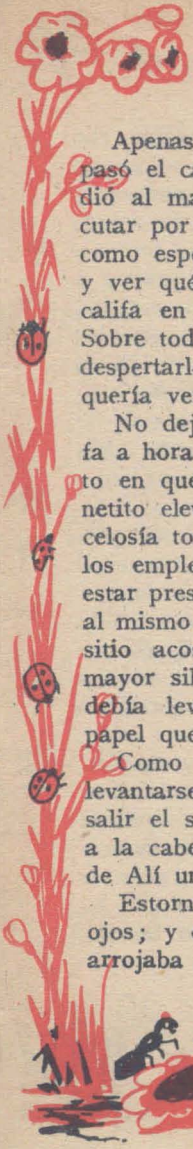
—Mando que todos los que acostumbran a estar en mi cuarto cuando me levanto no dejen de hallarse mañana por la mañana junto a ese hombre que estáis viendo acostado en mi cama, y que cada uno desempeñe para con él, cuando se despierte, las mismas funciones que se observan ordinariamente conmigo. Mando también que se tengan con él los mismos miramientos que con mi misma persona y que se le obedezca en cuanto ordene. Que no se le niegue nada de cuanto pueda pedir, ni se le contradiga en cuanto pueda decir o desear. Siempre que haya que hablarle o responderle,

es necesario darle el tratamiento de comendador de los creyentes.

Comprendieron todos desde luego que el califa quería divertirse, y no respondieron más que con una profunda inclinación, preparándose cada uno por su parte a desempeñar bien su papel.

Al entrar en su palacio había el califa enviado a llamar al primer ministro, con el primer oficial que había encontrado.

—Te he hecho venir —le dijo— para advertirte que no te asombres cuando veas mañana, al entrar en mi audiencia, a ese hombre que está acostado en mi cama sentado en mi trono en traje de ceremonia. Llégate a él con los mismos miramientos y el mismo respeto que acostumbres a tributarme, tratándole también de comendador de los creyentes. Escucha y ejecuta puntualmente cuanto te mande, como si yo te lo mandase. No dejaré de ejercer algunos actos de liberalidad y de encargarte su distribución; haz sin vacilación todo lo que te mande acerca de esto. Acuérdate también de advertir a todos mis emires, ujieres y todos los demás empleados de fuera de palacio que le tributen mañana en la audiencia pública los mismos honores que a mi persona y que lo hagan de manera que no pueda notar la menor cosa que sea capaz de turbar la diversión que quiero proporcionarme. Nada más tengo que ordenarte.




Apenas se hubo retirado el gran ministro, pasó el califa a otra habitación, y al acostarse dió al mayordomo las órdenes que debía ejecutar por su parte, a fin de que todo resultase como esperaba, para satisfacer el deseo de Alí y ver qué uso hacía del poder y autoridad de califa en el corto tiempo que había deseado. Sobre todo, le mandó que no dejase de venir a despertarlo antes que se despertase Alí, porque quería ver lo que sucediese.

No dejó el mayordomo de despertar al califa a hora a propósito y luego entró en el cuarto en que dormía Alí; se colocó en un gabinetito elevado, desde donde podía ver por una celosía todo lo que pasaba, sin ser visto. Todos los empleados y todas las damas que debían estar presentes cuando se levantase Alí entraron al mismo tiempo y se colocaron cada uno en su sitio acostumbrado, según su clase y en el mayor silencio, como si fuese el califa el que debía levantarse, y prontos a desempeñar el papel que se les había encomendado.

Como iba ya a amanecer, y era tiempo de levantarse para hacer la oración de antes de salir el sol, el oficial que estaba más próximo a la cabecera de la cama acercó a las narices de Alí una esponjita mojada en vinagre.

Estornudó Alí, volvió la cabeza y abrió los ojos; y en cuanto lo permitía la poca luz que arrojaba el día se vió en medio de un gran



## Cuentos de Calleja

cuarto, magnífica y suntuosamente alhajado, con muchas molduras de diversas figuras, adornado de muchos jarrones de oro macizo, mamparas y alfombras de oro y seda, y rodeado de damas jóvenes, muchas de las cuales tenían diferentes clases de instrumentos de música, dispuestas a tocarlos, y encantadoras todas por su hermosura, y de esclavos negros, todos ricamente vestidos y de pie, con la mayor modestia. Al dirigir la vista hacia la sobrecama vio que era de brocado de oro, con fondo encarnado, realzada de perlas y diamantes; junto a él, un vestido de la misma tela y del mismo adorno, y a su lado, sobre un cojín, un turbante de califa.

La vista de tan resplandecientes objetos produjo en Alí un asombro y confusión inexplicables. Los miraba todos como si fuese un sueño.

—¡Bueno! —pensó—, ya estoy convertido en califa; pero —añadió un poco después, recapacitando— no nos hagamos ilusiones, esto es un sueño, efecto del deseo de que hace poco estaba hablando con mi huésped.

Y volvió a cerrar los ojos, como para dormir.

Al mismo tiempo se aproximó un esclavo.

—Comendador de los creyentes —le dijo con el mayor respeto—, no se duerma vuestra majestad; es ya tiempo de levantarse para hacer oración, ya comienza a amanecer.

Al oír estas palabras, que causaron la mayor sorpresa a Alí:



—¿Estoy despierto o duermo? —volvía a decir para sí—. Pero estoy durmiendo —continuaba, teniendo siempre los ojos cerrados—, no debo dudarlo.

Un momento después:

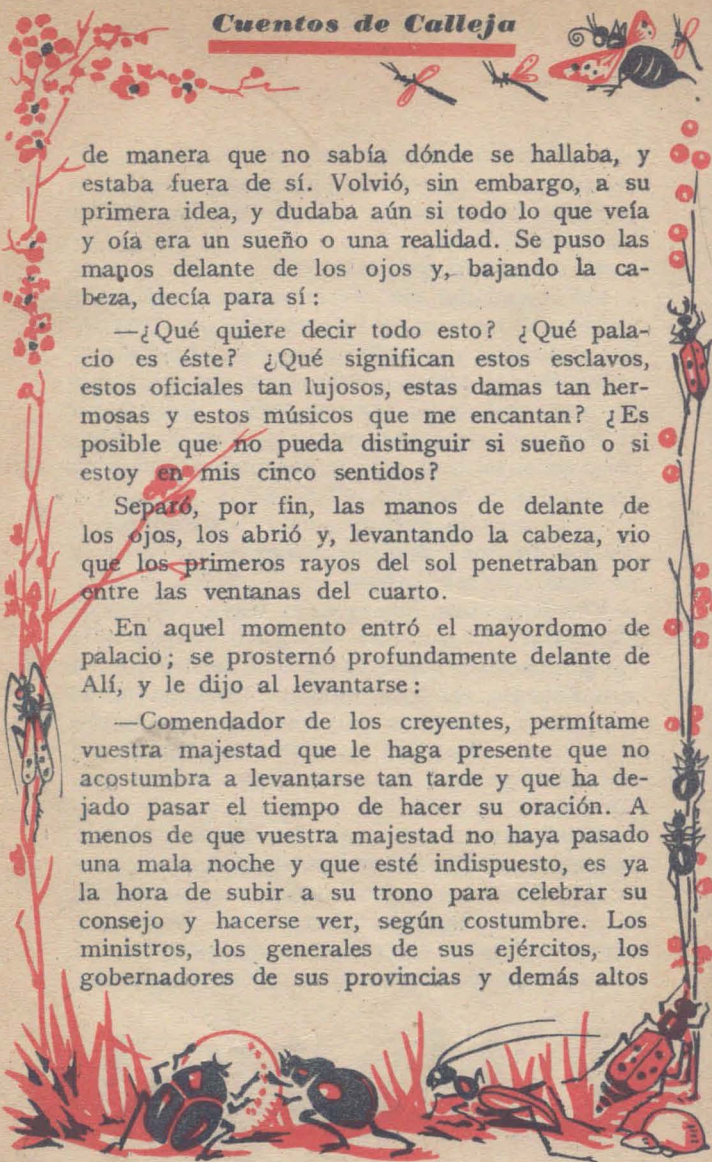
—Comendador de los creyentes —repitió el esclavo al ver que no le respondía ni daba señal alguna de querer levantarse—. Vuestra majestad llevará a bien que le repita que es tiempo de levantarse, a no ser que quiera dejar pasar el momento de hacer su oración de la mañana; va a salir el sol, y vuestra majestad no acostumbra a faltar a ella.

—¿Qué es lo que me pasa? —pensó Alí—. Yo no duermo; los que duermen no oyen, y yo oigo que me hablan.

Volvió a abrir los ojos, y, como era ya de día claro, vio con toda precisión lo que sólo había entrevisto confusamente. Se incorporó con aire risueño, como un hombre lleno de júbilo al verse en un estado muy superior a su condición, y el califa, que lo estaba observando sin ser visto, penetró su pensamiento con el mayor placer.

Arrodilláronse entonces las damas jóvenes de palacio con el rostro contra el suelo delante de Alí, y las que tenían instrumentos de música lo saludaron con un concierto de flautas, de oboes, violines y otros instrumentos armoniosos, de que quedó encantado y como en éxtasis,





de manera que no sabía dónde se hallaba, y estaba fuera de sí. Volvió, sin embargo, a su primera idea, y dudaba aún si todo lo que veía y oía era un sueño o una realidad. Se puso las manos delante de los ojos y, bajando la cabeza, decía para sí:

—¿Qué quiere decir todo esto? ¿Qué palacio es éste? ¿Qué significan estos esclavos, estos oficiales tan lujosos, estas damas tan hermosas y estos músicos que me encantan? ¿Es posible que no pueda distinguir si sueño o si estoy en mis cinco sentidos?

Separó, por fin, las manos de delante de los ojos, los abrió y, levantando la cabeza, vio que los primeros rayos del sol penetraban por entre las ventanas del cuarto.

En aquel momento entró el mayordomo de palacio; se prosternó profundamente delante de Alí, y le dijo al levantarse:

—Comendador de los creyentes, permítame vuestra majestad que le haga presente que no acostumbra a levantarse tan tarde y que ha dejado pasar el tiempo de hacer su oración. A menos de que vuestra majestad no haya pasado una mala noche y que esté indispuesto, es ya la hora de subir a su trono para celebrar su consejo y hacerse ver, según costumbre. Los ministros, los generales de sus ejércitos, los gobernadores de sus provincias y demás altos

funcionarios de su corte están ya esperando que se abra la puerta de la sala del consejo.

Las palabras del mayordomo persuadieron a Alí de que no dormía, y que el estado en que se hallaba no era un sueño; pero se encontró tan embarazado como confuso sobre el partido que debía tomar. En fin, miró al mayordomo de reojo, y en tono serio:

—¿A quién habláis —le preguntó— y quién es la persona a quien llamáis comendador de los creyentes, vos, a quien yo no conozco? Sin duda os equivocáis, tomándome por otro.

A cualquiera otro que al mayordomo hubiera desconcertado acaso la pregunta de Alí; pero, instruido por el califa, desempeñó perfectamente su papel.

—Mi respetable señor y amo —exclamó—, sin duda que vuestra majestad habla hoy así por probarme; ¿quién puede dudar de que es vuestra majestad el comendador de los creyentes, el monarca del mundo, de oriente a occidente, y el vicario en la tierra del Profeta enviado de Dios, dueño de este mundo terrestre y del celeste?

Dio Alí tan terrible carcajada al oír las palabras del mayordomo, que se cayó de espaldas sobre la cabecera de la cama, con grande alegría del califa, que se hubiera reído del mismo modo si no hubiera temido poner fin desde el

## Cuentos de Calleja

principio a la divertida escena que había resuelto proporcionarse.

Después de haber estado bastante rato en esta postura, Alí se incorporó y, dirigiéndose a un esclavo negro:

—Escucha —le dijo—, dime quién soy.

—Señor —respondió el esclavo con aire de sorpresa—, vuestra majestad es el comendador de los creyentes.

—Eres un embustero, cara de color de pez —contestó Alí.

En seguida llamó a una de las damas que estaba más próxima a él.

—Acercaos, hermosa señora —dijo, presentándole la mano—; tomad, mordedme la punta del dedo, para que yo conozca si duermo o estoy despierto.



La dama se acercó a Alí con toda la gravedad posible, y apretando ligeramente entre sus dientes la punta del dedo que le había adelantado le hizo sentir un poco de dolor.

—No duermo —dijo al punto Alí, retirando con prontitud la mano—; ciertamente que no duermo. ¿Por qué milagro, pues, me he convertido yo en califa en una noche? ¡He aquí la cosa más maravillosa y más singular del mundo!

Inmediatamente lo vistieron los ayudas de cámara, y cuando hubieron acabado, como los demás empleados y las damas se habían colo-



*Eres un embustero, cara de color de pez.*



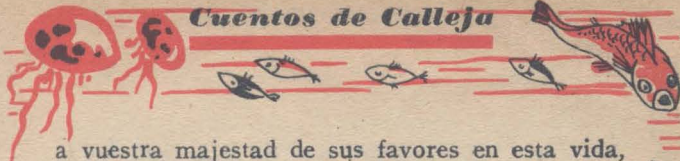
cado en dos filas hasta la puerta por donde debía entrar en la sala del consejo, marchó delante el mayordomo y lo siguió Alí. Un ujier tiró de la mampara y abrió la puerta. Entró el mayordomo en la sala del consejo, y anduvo todavía delante de él hasta el pie del trono, en donde se detuvo para ayudarle a subir, tomándolo por un lado debajo del hombro, al paso que otro oficial que lo seguía le ayudaba del mismo modo a subir por el otro.

Sentóse Alí, en medio de las aclamaciones de los ujieres, que le desearon toda clase de dichas y prosperidades; dirigiendo la vista a los lados vio a los oficiales de guardias colocados en fila.

Mientras tanto, el califa, que había salido del gabinete en que estaba oculto en el momento en que Alí había entrado en la sala del consejo, pasó a otro gabinete que daba vista a la misma sala, desde donde podía ver y oír todo lo que pasaba en el consejo cuando el ministro lo presidía en su nombre por impedirle alguna incomodidad asistir en persona. Lo que le gustó desde luego fue el ver que Alí estaba en el trono con tanta gravedad como él mismo.

Apenas tomó asiento Alí, el primer ministro se prosternó delante de él al pie del trono; luego se levantó y, dirigiéndose a su persona, le dijo:

—Comendador de los creyentes, Dios colme



a vuestra majestad de sus favores en esta vida, lo reciba en la otra y castigue a sus enemigos.

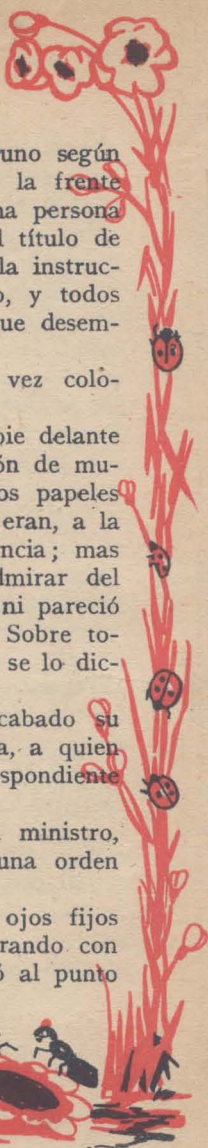
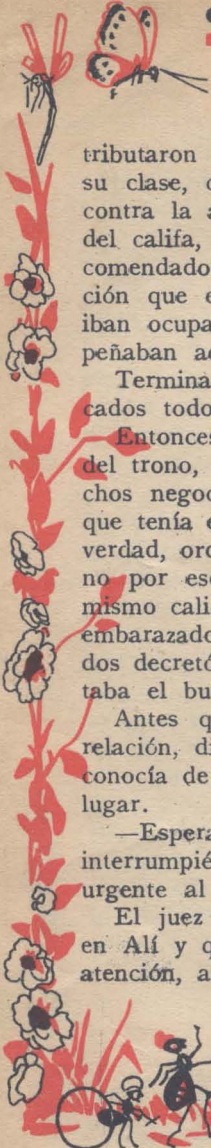
Alí, en vista de lo que le había sucedido desde que se había despertado y lo que acababa de oír de boca del primer ministro, ya no dudó que fuese el califa, como lo había deseado. Así, sin pararse a examinar cómo o por qué aventura o cambio de fortuna tan poco esperado había aquello sucedido, tomó desde luego el partido de ejercer el poder. Preguntó también al primer ministro, mirándolo con mayor gravedad, si tenía alguna cosa que decirle.

—Comendador de los creyentes —contestó el ministro—, los emires, los dignatarios y los demás oficiales que tienen asiento en el consejo de vuestra majestad están a la puerta y sólo esperan el momento en que vuestra majestad les dé permiso para entrar y venir a tributarle los acostumbrados respetos.

Alí dijo al punto que se les abriese, y el ministro, volviéndose y dirigiéndose al jefe de los ujieres, que estaba esperando la orden, le dijo:

—Jefe de los ujieres, el comendador de los creyentes manda que hagáis vuestro deber.

Se abrió la puerta y entraron en buen orden los emires y principales oficiales de la corte, todos con magníficos trajes de ceremonia; se adelantaron hasta el pie del trono y



tributaron sus respetos a Alí, cada uno según su clase, con la rodilla en tierra y la frente contra la alfombra, como a la misma persona del califa, y lo saludaron, dándole el título de comendador de los creyentes, según la instrucción que el ministro les había dado, y todos iban ocupando su lugar a medida que desempeñaban aquel deber.


Terminada la ceremonia, y una vez colocados todos, reinó un gran silencio.

Entonces el ministro, siempre en pie delante del trono, comenzó a hacer la relación de muchos negocios, según el orden de los papeles que tenía en la mano. Los negocios eran, a la verdad, ordinarios y de poca importancia; mas no por eso dejó Alí de hacerse admirar del mismo califa. En efecto, no se cortó ni pareció embarazado sobre ninguno de ellos. Sobre todos decretó en términos justos, según se lo dictaba el buen sentido.

Antes que el ministro hubiese acabado su relación, divisó Alí al juez de policía, a quien conocía de vista, sentado en su correspondiente lugar.

—Esperad un momento —dijo al ministro, interrumpiéndole—; tengo que dar una orden urgente al juez de policía.

El juez de policía, que tenía los ojos fijos en Alí y que notó que le estaba mirando con atención, al oírse nombrar se levantó al punto



de su sitio, aproximándose con gravedad al trono, al pie del cual se prosternó con el rostro contra el suelo.

—Juez de policía —le dijo Alí después que se hubo levantado—, id al momento y sin perder tiempo a tal barrio y tal calle; en esa calle hay una mezquita, en la que encontraréis al santón y cuatro viejos con barba blanca; apoderaos de sus personas y hacedles dar a cada uno de los cuatro viejos cien vergajazos, y doscientos al santón. Después de esto les haréis montar a los cinco a cada uno en un camello, vestidos de andrajos y con el rostro vuelto hacia la cola del camello; de este modo los haréis pasear por todos los barrios de la ciudad, precedidos de un pregonero que irá diciendo en alta voz: «Este es el castigo de los que se mezclan en negocios que no les importan y se ocupan en introducir la perturbación en las familias de sus vecinos y causarles todo el mal que pueden.» Quiero, además, que les mandéis mudar de barrio, con prohibición de que jamás pongan el pie en el de que han sido echados. Mientras que vuestro teniente les hacer dar el paseo que acabo de ordenar, volveréis.

El juez de policía puso la mano sobre la cabeza, para indicar que iba a ejecutar la orden que acababa de recibir, bajo la pena de morir si faltaba a ella. Se prosternó por segunda

vez delante del trono y, después de haberse levantado, marchó.

Esta orden, dada con tanta firmeza, produjo al califa tanta más sensación cuanto que conoció por ella que Alí no dejaba pasar un momento sin aprovechar la ocasión de castigar al santón y a los viejos de su barrio, puesto que era lo primero en que había pensado en cuanto se vio que era califa.

Mientras tanto siguió el ministro su relación, y estaba ya para concluir, cuando el juez de policía se presentó de vuelta para dar cuenta de su comisión. Acercóse al trono y, después de la ceremonia ordinaria de prosternarse:

—Comendador de los creyentes —dijo a Alí—, he encontrado al santón y cuatro viejos en la mezquita que me ha indicado vuestra majestad; en prueba de que he desempeñado fielmente la orden, he aquí la sumaria firmada por muchos testigos de los principales del barrio.

Al mismo tiempo sacó un papel de su seno y lo presentó al pretendido califa.

Tomó Alí la sumaria y la leyó toda ella, sin dejar los nombres de los testigos, gentes todas conocidas por él; y cuando hubo acabado:

—Bien está —dijo al juez de policía, sonriendo—; estoy contento y me habéis dejado satisfecho. Volved a vuestro sitio.



Alí se dirigió en seguida al ministro, y le dijo:

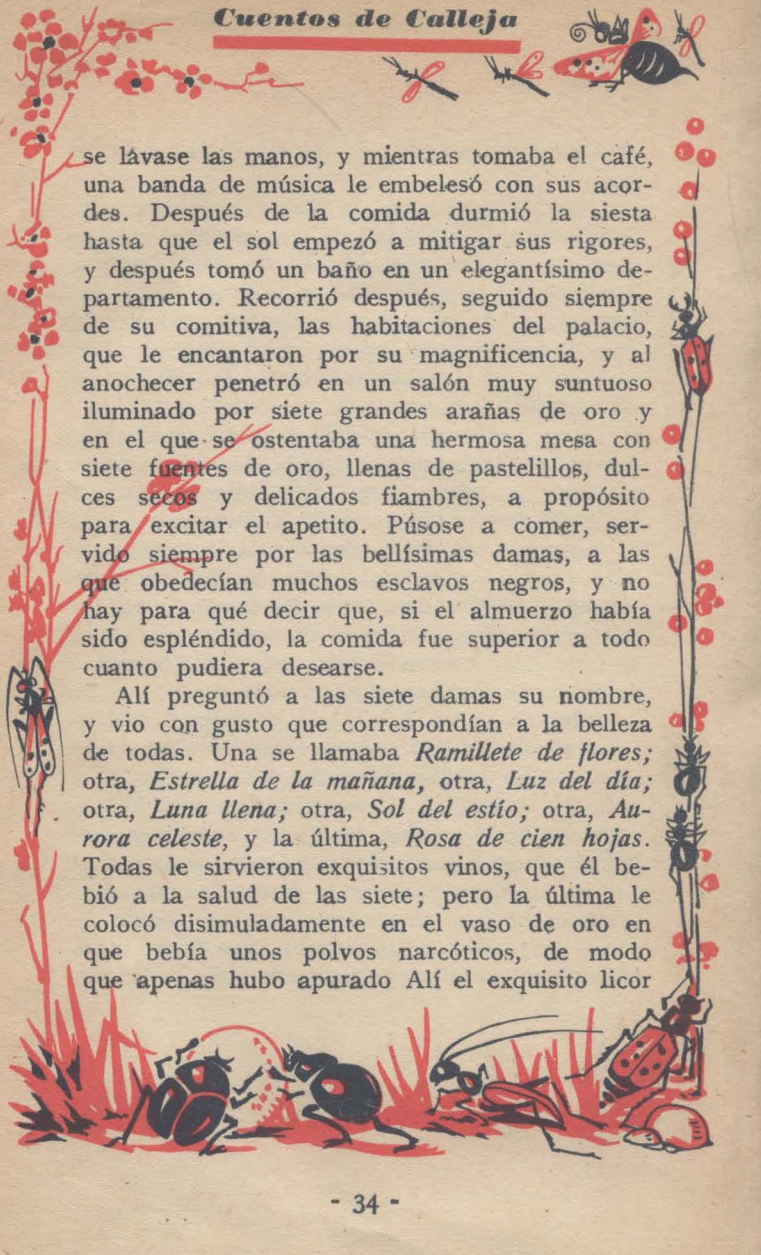
—Haced que os dé el tesorero general una bolsa con mil monedas de oro, e id al mismo barrio a que he enviado al juez de policía, a llevársela a la madre de un tal Alí, por sobrenombre el *Derrochador*. Es un hombre conocido en todo el barrio con este nombre; cualquiera os enseñará su casa. Partid y volved luego.

El ministro, después de haberse prosternado delante del trono, salió y se fue a casa del tesorero general, quien le entregó la bolsa. Hizo que la tomase uno de los esclavos que lo seguían y se fue a llevarla a la madre de Alí, a la que dijo, sin entrar en más explicaciones, que el califa la enviaba aquel regalo.

Fácil es comprender la sorpresa y el júbilo de la excelente señora, que no podía sospechar la causa de semejante liberalidad.

Mientras tanto, Alí siguió desempeñando su papel de califa con la mayor corrección y resuelto a no sorprenderse de nada. Llegada la hora de comer, le sirvieron la comida, en un salón lujosísimo, siete damas de primorosa belleza que no consintieron en sentarse, a pesar de sus instancias, y que le dieron las mayores pruebas de respeto. Al terminar la comida le presentaron una palangana de oro, una jarra del mismo metal y agua perfumada para que





se lávase las manos, y mientras tomaba el café, una banda de música le embelesó con sus acordes. Después de la comida durmió la siesta hasta que el sol empezó a mitigar sus rigores, y después tomó un baño en un elegantísimo departamento. Recorrió después, seguido siempre de su comitiva, las habitaciones del palacio, que le encantaron por su magnificencia, y al anochecer penetró en un salón muy suntuoso iluminado por siete grandes arañas de oro y en el que se ostentaba una hermosa mesa con siete fuentes de oro, llenas de pastelillos, dulces secos y delicados fiambres, a propósito para excitar el apetito. Púsose a comer, servido siempre por las bellísimas damas, a las que obedecían muchos esclavos negros, y no hay para qué decir que, si el almuerzo había sido espléndido, la comida fue superior a todo cuanto pudiera desearse.

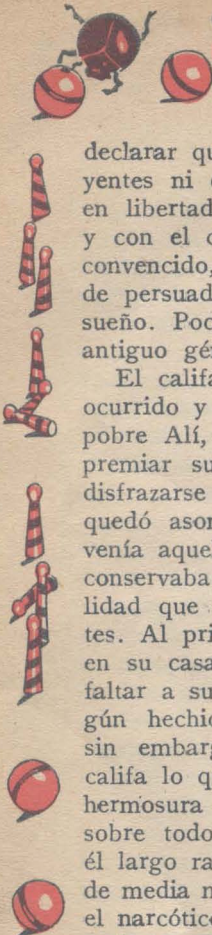
Alí preguntó a las siete damas su nombre, y vio con gusto que correspondían a la belleza de todas. Una se llamaba *Ramillete de flores*; otra, *Estrella de la mañana*, otra, *Luz del día*; otra, *Luna llena*; otra, *Sol del estío*; otra, *Aurora celeste*, y la última, *Rosa de cien hojas*. Todas le sirvieron exquisitos vinos, que él bebió a la salud de las siete; pero la última le colocó disimuladamente en el vaso de oro en que bebía unos polvos narcóticos, de modo que apenas hubo apurado Alí el exquisito licor

al son de armoniosas músicas, quedó profundamente dormido.

El califa, que había pasado aquel día muy buenos ratos con aquella broma, mandó que despojasen a Alí de sus regias vestiduras, para ponerle el traje que llevaba en su casa, e hizo que le transportasen a ésta y le colocaran sobre el sofá.

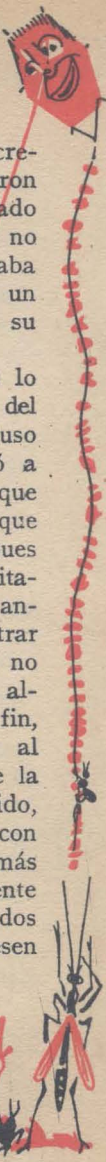
Fácil es de suponer el estupor que sintió Alí al despertarse en su casa. En vano llamó por sus nombres a las siete damas; sólo consiguió que su madre le creyera loco, sobre todo cuando vio que se empeñaba en demostrar que era el califa y no su hijo.

Las razones de la madre acabaron por tener fuerza en su ánimo, y creyó que todas aquellas escenas de palacio habían sido un sueño; pero al decirle la buena mujer que el día anterior habían dado doscientos vergajazos al santón del barrio y ciento a cada uno de los que formaban su tertulia, y que a ella le habían regalado de parte del califa una gran suma de oro, volvieron a confundirse las ideas del pobre Alí e insistió en decir con grandes voces que él era el califa. Acudieron los vecinos, y como él seguía afirmando aquel disparate, el cadí o alcalde de barrio le hizo dar cien azotes y le encerró en una casa de locos, donde estuvo dos meses, atormentado por los médicos, que no lo dejaron en paz hasta que le hicieron



declarar que no era el comendador de los creyentes ni cosa parecida. Entonces le pusieron en libertad, y salió de allí flaco, desmejorado y con el cuerpo lleno de cardenales, pero no convencido, pues, a pesar de todo, no acababa de persuadirse de que aquello hubiera sido un sueño. Poco a poco volvió, sin embargo, a su antiguo género de vida.

El califa, que se había enterado de todo lo ocurrido y aun se había reído algo a costa del pobre Alí, llegó a compadecerle y se propuso premiar sus sufrimientos. Al efecto, volvió a disfrazarse y se presentó en casa de Alí, que quedó asombrado al verle. Dijo el califa que venía aquella noche a convidarse a cenar, pues conservaba excelentes recuerdos de la hospitalidad que le había dado algunas semanas antes. Al principio se negaba Alí a dejar entrar en su casa a aquel desconocido, tanto por no faltar a su juramento, sino porque le creía algún hechicero, autor de su encanto. Al fin, sin embargo, cedió, y después de contar al califa lo que llamaba su sueño y encomiarle la hermosura de las damas que le habían servido, sobre todo de *Ramillete de flores*, habló con él largo rato. El califa, viendo que era ya más de media noche, volvió a echar disimuladamente el narcótico en la taza de Alí, y previno a dos esclavos que había llevado para que hiciesen lo mismo que la otra vez.



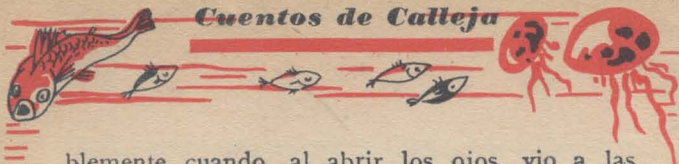


Apenas hubo bebido Alí su taza llena, cuando se apoderó de sus sentidos una profunda modorra, como las otras dos veces, y quedó de nuevo el califa árbitro de su suerte.

Tomaron los esclavos a Alí y, cuando hubieron llegado al palacio del califa, éste hizo que le acostasen en un sofá en el salón de donde lo habían hecho llevar a su casa amodorrado y dormido la vez anterior. Antes de acostarlo mandó que le pusiesen el mismo traje que le habían puesto por su orden para hacerle representar el papel de califa, lo que se ejecutó en su presencia; en seguida mandó a todos se fuesen a acostar, y encargó al jefe y demás empleados de su cuarto, a los músicos y a las mismas damas que se habían hallado en el salón cuando había bebido el último vaso de vino que le había producido el letargo, que estuviesen allí el día siguiente al amanecer cuando se despertase, recomendando a todos desempeñasen bien su papel.

Ocurrió lo que la vez anterior. Un esclavo despertó a Alí acercándole a la nariz una esponja con vinagre aromatizado. En aquel momento, siete coros de músicos mezclaron sus voces encantadoras con el son de los oboes, de las flautas y otros instrumentos, y comenzaron un concierto muy agradable.

Grande fue la sorpresa de Alí al oír una música tan armoniosa, y se aumentó considera-



blemente cuando, al abrir los ojos, vio a las damas y oficiales que le rodeaban y que él creyó reconocer. El salón en que se hallaba le pareció el mismo que había visto en su primer sueño, y echaba también de ver la misma iluminación, los mismos muebles y los mismos adornos.

Hizo un alto la música, a fin de dar lugar al califa de observar el continente de su nuevo huésped y cuanto pudiese decir en su sorpresa. Las damas, el mayordomo y todos los empleados del cuarto del califa permanecían cada uno en su sitio con el mayor respeto.

—¡Ay! —exclamó Alí, mordiéndose los dedos y en tono tan alto, que el califa lo oyó con el mayor placer—; ya he caído de nuevo en el mismo sueño y en la misma ilusión que hace dos meses; ya puedo disponerme otra vez para sufrir los vergajazos en el hospital de los locos y estar encerrado en la jaula de hierro. ¡Dios omnipotente —añadió—, me encomiendo a vuestra divina Providencia! Aquel pícaro brujo que recibí en mi casa ayer noche es la causa de esta ilusión y de las penas que van a sobrevenirme.

Al oír esto el califa, no pudo menos de soltar una carcajada.

Alí fijó entonces sus miradas en la celosía, y al ver asomado al que había juzgado comerciante lo comprendió todo y, sin reparar que



## Cuentos de Calleja

estaba en calzoncillos, saltó de la cama y se arrodilló en medio de la habitación.

Esta escena hizo reír más y más, no sólo al califa, sino a los cortesanos y las damas, hasta que el califa, penetrando en la habitación, hizo levantar a Alí, le abrazó, le hizo vestir un magnífico traje y le convidó a almorzar con él.

Terminado el banquete, hizo que el tesorero entregase a Alí diez mil monedas de oro; le preguntó si quería casarse con *Ramillete de flores*, y como Alí contestase que ésta sería su mayor dicha, hizo venir a la hermosa joven, que acogió con placer su proposición, y anunció que sería padrino de aquella boda, que, en efecto, se celebró pocos días después con gran pompa.

Alí obtuvo un alto cargo; llegó a ser ministro del califa, y vivió muchos años tranquilo y feliz con su madre y su esposa, que era tan discreta y amable como bella.





## DOS HERMANAS ENVIDIOSAS

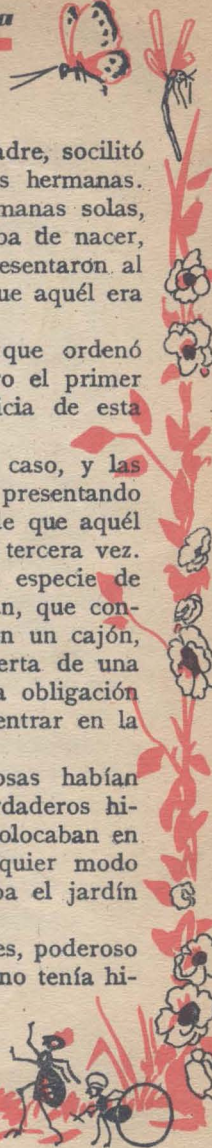
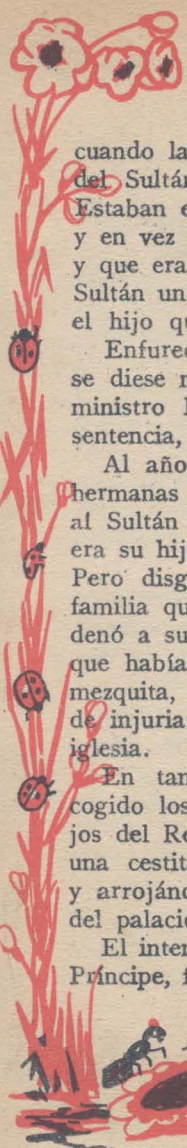
**H**ABÍA en la corte de Persia tres hermanas que manifestaron deseos de ser esposas: la mayor, del panadero del Sultán; la segunda, del cocinero, y la menor, del mismo Sultán.

Sorprendió el Sultán esta conversación y, resuelto a satisfacer los deseos por aquéllas manifestados, hizo a la pequeña su esposa y dio en matrimonio las otras dos a su panadero y cocinero.

No bien hubieron visto las mayores los adelantos de la menor, sintieron envidia, y concertaron entre sí el modo de perder a la favorecida por la suerte.

Había pasado un año de su matrimonio,





cuando la Sultana, pronta a ser madre, socilitó del Sultán que la acompañaran sus hermanas. Estaban en la cámara las tres hermanas solas, y en vez del pequeñuelo que acababa de nacer, y que era hermoso como un sol, presentaron al Sultán un perro negro, diciéndole que aquél era el hijo que le acababa de nacer.

Enfurecióse el Príncipe, tanto, que ordenó se diese muerte a la Princesa; pero el primer ministro le hizo conocer la injusticia de esta sentencia, y fue perdonada.

Al año, poco más, se repitió el caso, y las hermanas obraron de igual suerte, presentando al Sultán un gatito negro, diciéndole que aquél era su hijo; y sucedió lo propio la tercera vez. Pero disgustó tanto al Sultán esta especie de familia que sus cuñadas le regalaban, que condenó a su esposa a ser encerrada en un cajón, que había de ser colocado a la puerta de una mezquita, imponiendo a los fieles la obligación de injuriar a la Princesa antes de entrar en la iglesia.

En tanto, las hermanas envidiosas habían cogido los dos niños y la niña, verdaderos hijos del Rey; conforme nacían los colocaban en una cestita, envolviéndolos de cualquier modo y arrojándolos al río que atravesaba el jardín del palacio del Sultán.

El intendente de los jardines reales, poderoso Príncipe, fuélos recogiendo, y como no tenía hi-

jos, aunque los deseaba, los fué adoptando y criando con cuidado y esmero.

Aprendieron fácilmente los dos hermanos cuanto les enseñaban, llegando a admirar a sus mismos maestros; pero más prodigios hacía la hermana en las artes y las letras, y hasta en la difícil ciencia de la medicina, que aprendió al propio tiempo que sus hermanos; como sus hermanos, manejaba el arco, tiraba la espada y venablo y montaba a caballo con la misma destreza que ellos.

Mandó entonces el intendente construir un magnífico palacio, que tenía un grandioso jardín, al que se fueron a vivir en tanto que Dios les concedió vida.

Murieron el intendente y su esposa, dejando por herederos a los tres hermanos y quedando la hermana a la guarda y cuidado de los dos jóvenes.

Un día presentóse en la casa una peregrina y, después de haber comido cuanto hubo necesidad, visitó la casa y el jardín, acompañada de la joven. Cuando terminaron la visita, le hubo ésta de preguntar:

—Qué tal, señora: ¿le ha gustado a usted lo que ha visto?

—Mucho; la casa es hermosa y alegre, está muy bien repartida, y sus adornos muy bien dispuestos. En cuanto al jardín, no puede en-



contrarse otro más hermoso; sin embargo, faltan en él tres cosas.

—¿Cuáles son?

—El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua color de oro. El primero tiene la propiedad de atraer a todos los pájaros del contorno para acompañarle con sus cantos; el segundo tiene en sus hojas otras tantas bocas, que forman un concierto armonioso de diferentes voces que no cesan jamás, y la tercera tiene la propiedad de que, poniendo en un estanque hecho a propósito una sola gota, crece de tal modo, que lo llena inmediatamente y se eleva en el centro, formando un canastillo, subiendo y bajando a cada instante, sin que rebose.

—Agradezco a usted estas noticias, y más le agradecería que me dijera dónde se encuentran esos portentos.

—Señora, esas tres cosas se encuentran en un mismo sitio; el que usted envíe por ellas no tiene más que tomar el camino que pasa por delante de esta casa, seguirle durante veinte días, y al cabo de ellos preguntar a quien encuentre.

Y dicho esto, desapareció la peregrina.

Cuando volvieron de paseo los dos jóvenes, encontraron a su hermana triste y pensativa; y al preguntarle el porqué de su tristeza, ella les refirió la conversación que había tenido



con la pobre peregrina, y mostró deseos de tener aquellas tres cosas tan extrañas.

El hermano menor, que quería mucho a su hermana, al ver el empeño que ésta tenía, se ofreció a ir en busca de aquellos tres objetos; pero el hermano mayor se opuso, diciendo que correspondía a él semejante empresa. Y al prepararse a la marcha, dijo a la Princesa:

—Toma este puñal y sácalo de su vaina de vez en cuando; mientras lo veas limpio, es señal de que vivo; pero si está teñido de sangre, ten por cierto que he muerto, y reza por mí.

Partió el hermano mayor, bien montado y equipado; atravesó la Persia, y a los veinte días encontró en las lindes del camino un horrible viejo que estaba sentado a la sombra de un árbol, y no lejos de él una chocita que le servía de abrigo.

Las cejas, blancas como la nieve, lo mismo que los cabellos, los bigotes y la barba, le llegaban hasta la punta de la nariz; los bigotes le cubrían la boca, y la barba con los cabellos le caían hasta los pies; tenía las uñas de los pies y manos largas y encorvadas como las de los gatos. Una especie de sombrero chato y muy ancho le cubría la cabeza en forma de quitasol, y todo su vestido consistía en una estera arrollada al cuerpo.

El Príncipe se apeó, y dirigiéndose a esta especie de hombre le preguntó:



Encontró en las lindes del camino un horrible viejo...



—Buen hombre, ¿podría usted decirme dónde se encuentra el pájaro que habla, el árbol que canta y el agua color de oro?

Apenas pudo entender lo que le dijo, pues los bigotes del anciano impedían oír lo que decía; entonces, sacando unas tijeras de su neceser de viaje, cortó con ellas los enormes pelos del bigote y de las cejas.




Dióle las gracias el anciano por el servicio que le había prestado, y respondió a la pregunta del mancebo de este modo:

—Caballero, conozco el camino por que usted me pregunta; pero el cariño que le he tomado desde que le he visto, y que se ha aumentado por el servicio que acaba de prestarme, me tiene sin saber si debo darle la noticia que me pide.

—¿Qué motivo puede contenerle? —replicó el Príncipe.

—Diré a usted —repuso el anciano—; es que el riesgo que va usted a correr es más grande de lo que se figura. Otros muchos, que no tenían menos resolución ni menos valor que usted puede tener, han pasado por aquí y me han hecho la misma pregunta. A pesar de cuantas reflexiones les hice para desviarlos de pasar adelante, no han querido creerme; les mostré el camino, contra mi gusto, cediendo a sus instancias, y puedo asegurar a usted que todos han perecido. Por poco que usted ame la vida, y








que me crea, dará pruebas de singular cordura volviéndose a su casa.

Persistió el joven en su resolución, y entonces le dijo el anciano, sacando una bola de un saco :

—Puesto que no puedo conseguir que usted aproveche mis consejos, tome usted esta bola y, cuando esté a caballo, tírela delante de sí, siguiéndola hasta el pie de la montaña en que se detenga. Entonces apéese del caballo, que dejará suelto, sin miedo de que se mueva de aquel sitio hasta que usted vuelva, si es que vuelve. Al subir por la montaña, verá usted a todos lados una gran cantidad de gruesas piedras negras, y oirá una confusión de voces que le dirán mil injurias para desanimarle y hacer de modo que no suba hasta la cumbre; pero guárdese usted bien de asustarse, y sobre todo de volver la cabeza para mirar atrás; tan pronto como lo hiciese, sería convertido en piedra negra, como las que usted verá, que son otros tantos caballeros que no han salido con bien de su empresa, como yo se lo previne. Si evita usted el peligro, que pinto muy por encima, a fin de que reflexione a lo que se expone, y consigue llegar a la cima de la montaña, encontrará allí una jaula, en la que está encerrado el pájaro que busca. Pregúntele por el árbol que canta y el agua amarilla, y él se las enseñará. He aquí lo que tiene usted que hacer






y lo que debe evitar; pero, si quiere creermelo, siga el consejo que le doy y no se exponga a perder la vida. Por última vez, puesto que todavía tiene usted tiempo para pensar en ello, considere que esta pérdida es irreparable y sujeta a una condición que no se puede contravenir, ni aun por inadvertencia, como podrá usted comprenderlo.

—Por lo que hace al consejo que acaba usted de darme, y por el que le quedo reconocido —replicó el príncipe Bahman después de haber recibido la bola—, no puedo seguirle; pero trataré de aprovecharme de las advertencias que usted me hace y de no mirar atrás cuando suba, confiando en que bien pronto me verá usted volver y darle las gracias con más amplitud.

Al pronunciar estas palabras, a las que el anciano no respondió otra cosa sino que se alegraría de volverlo a ver y deseaba fuese así, montó a caballo y, despidiéndose de él con una inclinación de cabeza, tiró la bola delante de sí.

La bola rodó con tal violencia, que el joven se vió obligado a acomodar la carrera de su caballo a la misma velocidad para seguirla, a fin de no perderla de vista; en efecto, la siguió, y, cuando estuvo en la falda de la montaña, como el viejo se lo había dicho, se paró; entonces se apeó del caballo, que no se movió del sitio, ni aun cuando le echó la brida al





cuello. Entonces reconoció la montaña y vió las piedras negras.

Comenzó a subir y, apenas había dado cuatro pasos, oyó las voces que el anciano le había indicado, pero sin descubrir a nadie. Unas decían :

—¿Dónde va ese loco? ¿Dónde va? ¿Qué pretende? No le dejéis pasar.

Otras :

—Detenedlo, prendedlo, matadlo.

Otras gritaban con voz de trueno :


—¡Al ladrón, al asesino, al matador!

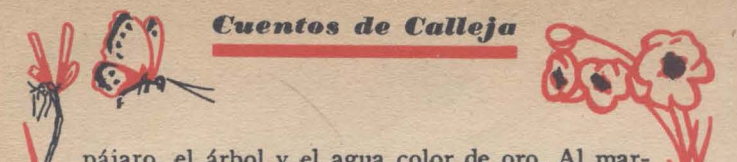
Otras, al contrario, gritaban con tono de mofa :

—¡No, no le hagáis mal, dejadle pasar, que va por el pájaro, el árbol y el agua!

El joven no hacía caso y seguía andando. De pronto comenzó a sentir las voces bajo sus pies, a su espalda, a su lado, y comenzó a temblar, y, no acordándose de los consejos que le habían dado, volvió la espalda. No bien lo hubo hecho, quedó convertido en piedra, del mismo modo que su caballo.

Aquel mismo día, la Princesa sacó el puñal y, al mirarlo, advirtió que corría sangre por la punta. El hermano menor, al saber la noticia de la desgracia ocurrida a su hermano, sin escuchar los consejos y súplicas de su hermana, montó a caballo y se fué, decidido a vengar a su hermano y traer a su hermana el





pájaro, el árbol y el agua color de oro. Al marcharse dio a su hermana un rosario, advirtiéndole que cuando las cuentas no corriesen, sería señal de que le había sucedido una desgracia.

Llegó, en efecto, el joven al pie de la montaña, y sucedióle lo mismo que a su hermano, quedando convertido en piedra.

El día que le sucedió esta desgracia, la Princesa notó que las cuentas del rosario no se movían, y entonces, vistiéndose un traje de hombre, montó a caballo y se fué a salvar a sus hermanos.

Llegóse a preguntar al anacoreta, que le hizo idénticas observaciones que a los hermanos, y entonces la Princesa dijo:

—Pues si no es más que eso, buen anciano, las voces se evitan tapándose los oídos con algodones.

Hízolo así la joven; tomó la bola, la siguió, llegó al pie de la montaña y comenzó a subir. Gritaban, la insultaban, se burlaban de ella; pero como tenía tapados los oídos, las voces no llegaban a asustarla.

Así llegó a la cima de la montaña, donde encontró al pájaro, que le dijo:

—Ha sabido usted conquistarme, y soy su esclavo; corte usted una hoja del árbol que está a mi derecha, y que reconocerá por la música que sale de él, y plántela usted en su jardín; dos días después estará hecho un ár-

bol corpulento y con las mismas condiciones que el árbol que aquí está plantado; al pie de éste encontrará usted un frasco que contiene el agua de color de oro.

—¿Y cómo podré volver la vida a mis hermanos?

—Tome usted un cántaro que está debajo de mi jaula, y vaya regando con su agua todas las piedras negras que encuentre; se irán volviendo hombres, y entre ellos encontrará a sus hermanos.

Cortó la Princesa una rama del árbol, se guardó el frasco, tomó con la mano izquierda la jaula del pájaro que habla y con la derecha el cántaro, y fue bajando y derramando en cada piedra negra un poco de agua; tan pronto como la recibía, la piedra se convertía en un hombre. Las dos primeras piedras sobre que vertió el agua se tornaron en hombres, y estos hombres eran los Príncipes, sus hermanos. Dio al uno la jaula y al otro la rama del árbol, y siguió convirtiendo cada piedra negra que encontraba en un hombre.

Así llegaron al pie de la montaña. Seguida de numeroso cortejo de agradecidos, montaron todos en sus caballos, que también habían sido desencantados, y llegaron hasta la quinta donde vivían los tres hermanos. Allí despidieron a los caballeros, después de haberles hecho descansar y darles un banquete, asistiendo to-



*Siguió convirtiendo cada piedra negra...*

dos a la inauguración del estanque, en el que se vertió el agua color de oro, que formaba unos canastillos encantadores; de haber plantado la rama del árbol que canta, y colocado en una preciosa pajarera, construída en el centro del jardín, el pájaro que habla.

Ya hacía algunos días que habían partido para su país los caballeros que había desencantado, cuando llegó a noticias del Sultán la existencia de aquellas maravillas y, deseando verlas, fue a la quinta en que vivían los tres hermanos.

Al tener noticias la Princesa de la visita que había de recibir aquella tarde, consultó con el pájaro que habla con qué festejaría al Sultán.

El pájaro le dijo:

—Ponle calabacines rellenos con perlas, que encontrarás al pie de un árbol que hay a mi espalda.

Hízolo así la joven, y cuando vino el Sultán y vió todo el jardín con todas las maravillas que encerraba, subieron a visitar la casa, donde de antemano se había llevado al pájaro que habla.

Estaba puesta la mesa, y la joven invitó al Soberano, que aceptó el convite y, sentándose en la mesa, púsose a partir los calabacines, siendo muy grande su sorpresa al ver que estaban rellenos de perlas.

—¿A qué viene esta especie de guisado, cuando no se puede comer? —preguntó el Sultán.



A lo que contestó el pájaro:

—Más difícil de tragar eran las mentiras de que tu esposa había tenido por hijos un perrillo negro, un gato y una mona, y, sin embargo, lo has creído.

—Lo creí porque las comadres me lo aseguraron.

—Porque aquéllas eran dos hermanas envidiosas que querían perder a la Sultana. Tus hijos los tienes aquí presentes, recogidos del río, a cuyas aguas los habían arrojado, y criados por el jardinero recién muerto. Dios ha querido conservártelos para que tengas la satisfacción de abrazarlos y tenerlos en tu compañía.

Levantóse el Sultán, abrazó a sus hijos, les mandó que le siguieran a palacio, adonde mandó llamar a las dos hermanas, y les hizo declarar la verdad dándoles tormento; una vez puesta en claro la verdad, fue mandada traer a palacio la Sultana, a la que abrazaron el Sultán y sus hijos; y en el cajón que dejó aquélla a la puerta de la mezquita fueron metidas las dos hermanas, que sufrieron hasta su muerte el castigo mismo que había sufrido la desdichada esposa del Sultán.

Los demás vivieron largos años tranquilos y felices.



## UN PRÍNCIPE PERSPICAZ

**E**N un lejano país hubo un Príncipe que quería casarse con una Princesa, pero con una Princesa de verdad. Dio la vuelta al mundo buscando una, y, aunque no faltaban princesas, no podía nunca asegurarse de si su nobleza se remontaba a largos siglos; siempre había alguna cosa en ellas que le parecía sospechosa.

En su consecuencia, se volvió a su país muy afligido por no haber encontrado lo que deseaba.

Cierta noche hacía un tiempo horrible; los relámpagos se cruzaban, el trueno retumbaba, la lluvia caía a torrentes; era espantosa la tal noche. Alguien llamó a la puerta del palacio, y



el viejo Rey se apresuró a ordenar que abriesen.

Era una Princesa que venía huyendo, perseguida por algunos rebeldes de su país, que acababan de destronar a su familia. Pero Dios mío, ¡de qué manera la habían puesto la lluvia y la tormenta! El agua escurría por sus cabellos y sus vestidos, la entraba por el cogote y la salía por los talones.

Sin embargo, se presentó como una verdadera Princesa, sin faltar a una sola de las reglas de la etiqueta del palacio.

—Bien pronto sabremos si es una verdadera Princesa o no —pensó la vieja Reina.

Y en seguida, sin decir nada a nadie, entró en la alcoba, deshizo la cama y puso un guisante sobre el tablado. En seguida tomó veinte colchones y los extendió sobre el guisante, y además veinte almohadones, que colocó encima de los colchones. Era ésta la cama destinada a la Princesa.

A la mañana siguiente entró muy solícita la Reina, en compañía del Príncipe, y ambos la preguntaron con gran interés cómo había pasado la noche.

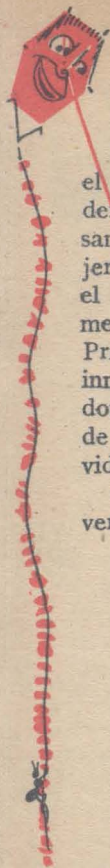
—Muy mal —contestó—; apenas si en toda la noche he cerrado los ojos. Yo no sé lo que había en esta cama, pero sentía una cosa tan dura, que me ha llenado la piel de cardenales y tengo todo el cuerpo dolorido. ¡Qué tormento tan grande!



## Cuentos de Calleja

Por esta respuesta conocieron los Reyes y el Príncipe que aquella joven era una verdadera Princesa, pues que había sentido un guisante al través de veinte colchones. ¿Qué mujer, sino una Princesa de pura raza, podía tener el cutis tan delicado? El Príncipe, perfectamente convencido de que era una verdadera Princesa, la tomó por esposa, y el guisante fué inmediatamente mandado colocar en el museo, donde debe hallarse conservado, bajo una urna de cristal, a no ser que algún curioso o atrevido haya intentado llevárselo.

Debemos suponer que esta historia es tan verdadera como la Princesa.





## EL CABALLERO SIN NOMBRE

**É**RASE un poderoso caballero que poseía inmensas riquezas y grandes posesiones y que vivía alegremente en su magnífico castillo. Se le llamaba sólo el caballero Barba Azul, porque tenía la barba de este color, aunque se llamaba propiamente de otro modo; mas su verdadero nombre se ha perdido. Este caballero había estado casado varias veces, y era fama que todas sus mujeres habían muerto rápidamente, sin que se supiese de qué enfermedad. Ahora, el caballero Barba Azul andaba otra vez en busca de intrigas amorosas. Había en su vecindad una noble dama que tenía dos hermosas hijas y varios hijos gallardos y animosos. Estos hermanos se amaban entrañablemente. Cuando

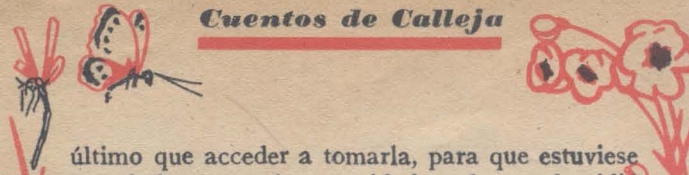


el caballero Barba Azul quiso casarse con una de estas hijas, ninguna de ellas se sentía inclinada, porque abrigaban temores del caballero, ni tampoco querían separarse una de otra. Pero el caballero Barba Azul llevó convidados a su grande y hermoso castillo a la madre, las hijas y los hermanos, todos juntos, y les procuró tantos pasatiempos y placeres con la caza, la mesa, el baile, el juego y otros diversos regocijos, que últimamente cautivó el corazón de la hija menor, que se resolvió a ser la esposa del caballero Barba Azul, y poco después se celebraron las bodas con gran suntuosidad.


Pasado algún tiempo, dijo el caballero Barba Azul a su esposa :

—Yo debo partir a un largo viaje y te confío el cuidado del castillo, de mi señorío y de todos mis bienes. Aquí tienes las llaves de todos los salones y estancias; en todos ellos podrás entrar a toda hora. Pero cuida especialmente de esta pequeña llave de oro, que es la del último gabinete al final del gran corredor. En este gabinete, querida mía, no entrarás si estimas en algo mi amor y tu vida. Si llegases a abrir este gabinete te esperaría el más atroz castigo que pueda recibir la curiosidad. Yo mismo, con mis propias manos, te habría de cortar la cabeza.


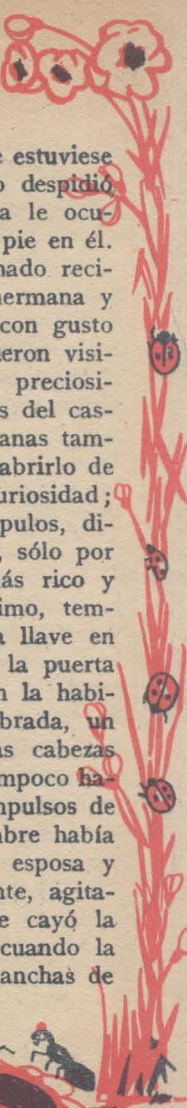
La mujer, al oír estas razones, no quería recibir la pequeña llave dorada; pero tuvo por


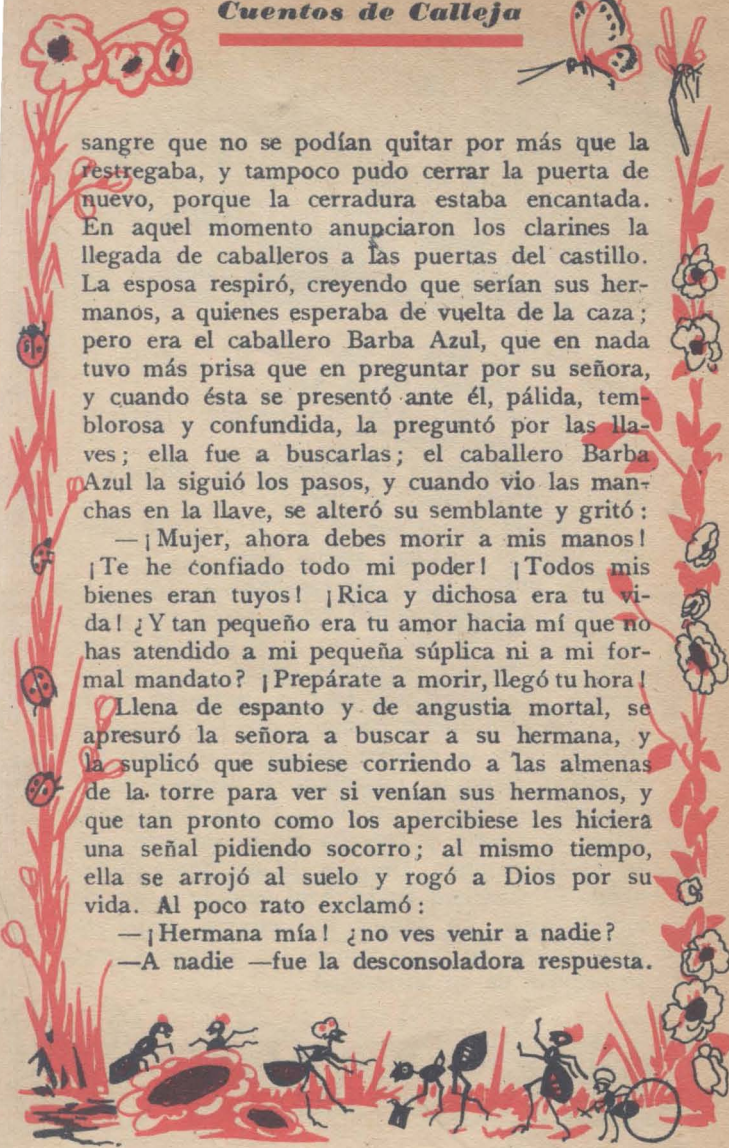


último que acceder a tomarla, para que estuviese guardada con más seguridad, y luego despidió a su esposo, prometiéndole que nunca le ocurriría abrir aquel gabinete ni poner el pie en él.



Cuando el caballero se hubo marchado recibió la joven señora la visita de su hermana y de sus hermanos; que se entregaron con gusto a la diversión de la caza, y ahora fueron visitadas con placer, todos los días, las preciosidades de las innumerables habitaciones del castillo, y llegaron, por último, las hermanas también al gabinete. La esposa no quería abrirlo de ninguna manera, aunque sentía gran curiosidad; pero la hermana se rió de sus escrúpulos, diciéndola que el caballero Barba Azul, sólo por capricho, habría escondido allí lo más rico y precioso de sus tesoros. Y, por último, temblando de miedo, ella misma puso la llave en la cerradura y se abrió bruscamente la puerta con sordo murmullo, presentándose en la habitación, que estaba escasamente alumbrada, un espectáculo horroroso: las sangrientas cabezas de todas las anteriores mujeres, que tampoco habían podido resistir, como ésta, los impulsos de la curiosidad, y a quienes el mal hombre había decapitado con su propia mano. La esposa y su hermana retrocedieron violentamente, agitadas de terror mortal; de espanto se cayó la llave de las manos de la esposa, y cuando la recogió del suelo había en ella unas manchas de





sangre que no se podían quitar por más que la restregaba, y tampoco pudo cerrar la puerta de nuevo, porque la cerradura estaba encantada. En aquel momento anupciaron los clarines la llegada de caballeros a las puertas del castillo. La esposa respiró, creyendo que serían sus hermanos, a quienes esperaba de vuelta de la caza; pero era el caballero Barba Azul, que en nada tuvo más prisa que en preguntar por su señora, y cuando ésta se presentó ante él, pálida, temblorosa y confundida, la preguntó por las llaves; ella fue a buscarlas; el caballero Barba Azul la siguió los pasos, y cuando vio las manchas en la llave, se alteró su semblante y gritó:

— ¡Mujer, ahora debes morir a mis manos! ¡Te he confiado todo mi poder! ¡Todos mis bienes eran tuyos! ¡Rica y dichosa era tu vida! ¿Y tan pequeño era tu amor hacia mí que no has atendido a mi pequeña súplica ni a mi formal mandato? ¡Prepárate a morir, llegó tu hora!

Llena de espanto y de angustia mortal, se apresuró la señora a buscar a su hermana, y la suplicó que subiese corriendo a las almenas de la torre para ver si venían sus hermanos, y que tan pronto como los apercibiese les hiciera una señal pidiendo socorro; al mismo tiempo, ella se arrojó al suelo y rogó a Dios por su vida. Al poco rato exclamó:

— ¡Hermana mía! ¿no ves venir a nadie?

— A nadie —fue la desconsoladora respuesta.

## Cuentos de Calleja

—Mujer, baja —gritó el caballero Barba Azul—; expiró tu plazo.

—¡Hermana mía! ¿no ves todavía a nadie? —repitió la esposa, temblando.

—Una nube de polvo; pero tampoco son ellos, es una manada de carneros —contestó la hermana.

—¡Mujer, baja o voy por ti! —gritó de nuevo el caballero Barba Azul.

—¡Compasión! Voy al momento. ¡Hermana! ¿no viene nadie?

—Dos caballeros se divisan; ya vieron mis señas; corren como el viento.

—¡Mujer, ahora voy yo por ti! —gritó como un trueno el caballero Barba Azul.

Y se puso a subir las escaleras.

Pero la señora cobró valor, cerró con llave la puerta de su habitación y se puso a sostenerla fuertemente, gritando ella y su hermana cuanto alcanzaban sus fuerzas, pidiendo socorro. Con esto dieron tiempo a que los hermanos llegasen con la rapidez del rayo, subiesen las escaleras como un torbellino, y llegasen en el momento en que el caballero Barba Azul hacía saltar la puerta y entraba en la estancia con la espada desnuda. Después de una ligera lucha, quedó el caballero Barba Azul tendido y muerto en el suelo. La mujer fué salvada, pero no pudo vencer en largo tiempo las dolorosas consecuencias de su curiosidad.





## EL OSO DEL BOSQUE

UNA vez había un comerciante acomodado que, por atender a sus negocios, tuvo que viajar a lejanas tierras, y se despidió de sus tres hijas, diciendo :

—Queridas mías, yo deseo proporcionaros una sorpresa alegre a mi vuelta. Decidme, pues, qué os he de traer.

La mayor le contestó :

—¡Papaíto, a mí un precioso collar de perlas!

La segunda dijo :

—Yo quiero un anillo con un gran diamante.

Y la más joven abrazó a su padre y le dijo, quedito, al oído :

—A mí un bonito ramo de nogal, papaíto.  
—Convenido, queridas mías —las contestó el comerciante—; no lo tendré en olvido; quedaos con Dios.

El comerciante recorrió lejanos países, hizo grandes compras y también cumplió fielmente los deseos de sus hijas. Ya había guardado en su maleta un precioso collar de perlas dedicado a contentar a su hija mayor, y había comprado también un anillo con un costoso diamante para la de en medio. Lo que no podía encontrar en ninguna parte, por más que la buscaba, era una ramita verde de nogal. A su vuelta a casa fué a pie grandes trechos del camino para encontrarla, y esperaba que, por atravesar largos trayectos entre bosques, llegaría por fin a encontrar algún nogal; pero este trabajo fué inútil por largo tiempo, y el buen padre empezaba a entristecerse por no poder cumplir la inocente súplica de su hija menor y más querida.

Por fin, cuando continuaba su camino tan lleno de tristeza, atravesando un oscuro bosque de espeso ramaje, dió con el sombrero en un ramo de nogal, y sonó como si le cayera granizo encima; cuando miró hacia arriba vió un hermoso ramo de nogal, del que colgaba un racimo de nueces de oro. El viajero se alegró extraordinariamente, alargó la mano y quebró el precioso ramo. Pero en el mismo instante salió un

enorme oso de la espesura, se puso de pie sobre sus patas traseras, furioso y rugiendo como si quisiera devorar en aquel momento al comerciante, y con una voz temible rugió:

—¿Por qué has tronchado mi ramito de nogal, por qué? Te voy a devorar.

Estremeciéndose de espanto el comerciante y, temblando, dijo, quitándose el sombrero:

—¡Oh, querido oso, no me comas, y déjame seguir mi camino con el ramito de nogal; yo te daré, en cambio, un gran jamón y muchos chorizos!

Pero el oso volvió a rugir:

—¡Guárdate tus jamones y tus chorizos! Sólo dejaré de comerte si prometes darme lo primero que encuentres al llegar a tu casa.

Esto lo concedió gustoso el comerciante, porque se acordó que el perrito de aguas era el que acostumbraba a salir el primero, corriendo, a esperarle, y a éste le sacrificaba él gustoso con tal de salvar su vida. Después de despedirse dándole sinceramente la mano, el oso se internó en la maleza con su torpe paso, y el comerciante respiró ya libremente, alejándose de prisa de aquel peligroso sitio.

El ramo de nueces lucía soberbiamente en el sombrero del mercader cuando se apresuraba por llegar a su casa. La hija menor salió corriendo y llena de júbilo a recibir a su querido padre; detrás de ella corría saltando y juegue-



teando el perrito de aguas; las dos hijas mayores y la madre salían de casa con pasos un poco más pausados para saludar al recién venido. ¡Cuánto se asustó ahora el comerciante al ver que su hija menor era la primera que le salía al encuentro! Apesadumbrado y triste se deshizo de los brazos de la dichosa niña, y después de los primeros saludos comunicó a su familia lo que le había pasado con el ramito de nogal. Todos lloraron y se afligieron, y la que más valor mostró fue la hija menor, que se proponía cumplir la promesa de su padre.

A la madre se le ocurrió pronto un buen consejo.

—No nos aflijamos —exclamó—; si llega a venir el oso y te exige el cumplimiento de tu promesa, en vez de nuestra hija menor le daremos una cabra; con esto también quedará el oso contento.



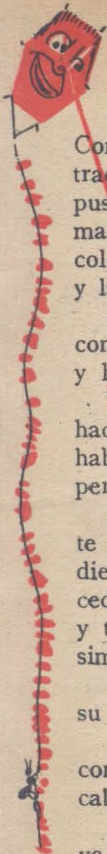
Se aceptó este remedio, y las hijas quedaron otra vez tranquilas y se regocijaron de sus lindos regalos.

La menor llevaba siempre consigo su ramito de nueces; y con este regalo se olvidó pronto del oso y de la promesa de su padre.

Pero un día sonó un carruaje por la calle, el cual se paró delante de la puerta del comerciante; el feo oso descendió de él y entró en la casa rugiendo, y, presentándose al asustado padre, reclamó el cumplimiento de su promesa.



## Cuentos de Calleja



Con gran premura y secretamente se mandó traer una hermosa cabra; la adornaron y la pusieron en el coche del oso, que se puso en marcha con ella. Ya que habían echado a andar, colocó el oso su atroz cabeza sobre la cabrita, y la dijo bramando:

—¡Acaríciame, ráscame detrás de las orejas con suavidad y ternura, o te como con pellejo y huesos!

Y la cabrita empezó a rascarle; pero no lo hacía a gusto del oso, quien observó que le habían engañado, y quiso comérsela entera; pero saltó del coche, toda temerosa y asustada.

El oso volvió otra vez a casa del comerciante y, amenazándole con rabia, le pidió que le diera la hija pequeña. Los padres tuvieron que ceder su amable hija, y, después de una amarga y triste despedida, subió al carruaje con el feísimo oso.

Después rugió éste otra vez y, colocando su basta cabeza en la falda de la joven, la dijo:

—¡Acaríciame, ráscame detrás de las orejas con ternura y con maña, o te comeré de pies a cabeza!

Y la niña le rascó de una manera tan suave, que le agradaba al oso, y su terrible mirada se hizo más pacífica, de modo que la pobrecilla prisionera de aquel adefesio fue adquiriendo poco a poco confianza con él. El viaje no duró demasiado tiempo, porque el coche iba tan li-



gero que silbaba como una tormenta por los aires. Pronto llegaron a un bosque muy oscuro, donde se paró de pronto el coche delante de la negra boca de una cueva. Ésta era la vivienda del oso. ¡Oh, cómo temblaba la niña, sobre todo cuando el oso la abrazó con sus terribles brazos y sus garras, y la dijo rugiendo amigablemente:

—Aquí habitarás, tú, querida niña, y serás dichosa si te conduces discretamente, para que no te devoren los animales salvajes.

Y cuando los dos hubieron andado unos cuantos pasos dentro de la oscura cueva, cerró el oso la salida con una puerta de hierro, y entró con su prisionera en una habitación que estaba llena de serpientes, cocodrilos y otros reptiles y bichos venenosos, que les salieron al encuentro, sacando la lengua como si los quisieran devorar. Pero el oso, para apaciguarlos dijo a la hermosa niña:

—¡No mires atrás, ni a la derecha ni a la izquierda; sigue derecha y no temas!

Al oír esto siguió la niña sin volver la vista a ningún lado, atravesando aquellas salas, y entonces ya no se movió ni estremeció ninguna de aquellas alimañas. Así atravesaron otras diez habitaciones y la última, que estaba llena de los bichos más asquerosos, como dragones, serpientes, sapos hinchados de veneno, basilis-





No miréis atrás ni a la derecha...

cos y otros, todos muy feos. Y el oso bramaba en cada habitación:

— ¡No vuelvas la cara atrás, ni a la derecha ni a la izquierda; ve derecha y así irás tranquila!

La joven se estremecía y temblaba de angustia y de ansiedad como una hoja de álamo; sin embargo, permaneció firme en su obediencia y no volvió la cara a la derecha ni a la izquierda. Y cuando se abrió la sala doce vieron brillar un vivo reflejo de luz, resonó dentro una agradable música, y por todos lados se oían exclamaciones de alegría y de gozo. Antes que la niña pudiera pensarlo, temblando aún por los espantosos objetos que había visto, y al sentir esta agradable música, sonó un espantoso trueno, tan fuerte, que ella pensó que el cielo y la tierra se desplomaban. Pero de nuevo quedó todo tranquilo. El bosque, la caverna, los reptiles hinchados de veneno y el oso habían desaparecido; a sus ojos se presentó un magnífico palacio con ricos salones adornados con oro, y una servidumbre magníficamente vestida; el oso se había convertido en un esbelto joven; era el Príncipe de aquel lindo palacio; estrechaba ahora tiernamente contra su pecho a su querida niña, y la daba mil veces las gracias por haberle desencantado, con todos aquellos bichos, que ahora formaban su servidumbre.

Casáronse por fin, y la nueva Princesa lle-

## Cuentos de Calleja

vaba siempre en el pecho el precioso ramo de nogal, que era la causa de su gran fortuna. Pronto tuvieron noticia sus padres y hermanas de tan dichosa suerte, y fueron recibidos en el castillo, donde vivieron todos felices.

Los hijos obedientes y buenos son siempre premiados por Dios.





## LA ARMADURA MISTERIOSA

**E**n un pueblo de Navarra había un señor que era el de todas aquellas tierras; tan malo era, que el mismo demonio le tenía envidia.

Era tan perverso, que el Rey hubo de llamarle al orden y aun de desterrarle del reino.

Mientras él vivió en la comarca se oía de continuo el cuerno de caza; los caballos de aquel hombre y los de sus amigos estropeaban sembrados, atropellaban casas, mataban jóvenes y ancianos, pegaban fuego a las habitaciones, chozas y casas, y tal miedo habían puesto en el ánimo de aquellas pobres gentes, que apenas sonaba el cuerno de caza en las puertas del castillo o veían venir la cabalgata,



se ponían a temblar, cerraban puertas y ventanas, y no cesaban de rezar.

Cuando salió desterrado, quedó la comarca tranquila, recobró la vida que antes tenía, los campos fructificaban y producían que era una bendición de Dios.

Pasaron los años y el castillo comenzó a destruirse, ya que nadie se acordaba de aquel señor ni de sus fechorías, cuando vino a posesionarse del castillo una partida de bandoleros tan invisibles de encontrar, que ya se corría de boca en boca que eran fantasmas y almas en pena mandadas por el señor de aquel castillo, que tan malo había sido en vida, y acreditaba este rumor el que el capitán usaba la misma armadura de aquel infame, y que se había llevado puesta cuando le desterraron de aquellos lugares.

Volvieron a estar encendidas por las noches las luces, a sonar los cantos báquicos, a ser robadas las casas y quemados y arrasados los campos, y nacieron de nuevo la intranquilidad y el desasosiego.

Las lágrimas de dolor y el luto de los muertos por aquellos infames, la desesperación de los padres y de las familias, formaron un coral, que llegaron hasta los oídos de los Reyes, y éstos enviaron un grande golpe de fuerzas y jueces e inquisidores para poner coto a tantas iniquidades.



Aquellas fuerzas lograron apoderarse de los infames, incluso su capitán, y una vez presos, juzgados y sentenciados, fueron ahorcados todos, a excepción del jefe, que logró evadirse de la prisión, no se sabe cómo.

Ahorcados aquellos veinte bandidos, parecía natural que la comarca recobrase su tranquilidad, y, en efecto, en tanto que estuvo preso el jefe, no se encendieron en las ruinas las luces, ni se sintió el ruido de la orgía, ni se estropearon campos, ni se cometieron otros delitos; pero tan pronto como logró escapar, repitieronse estas escenas, sembrándose de nuevo el terror en las tierras de aquellos valles. Organizóse entonces una cruzada terrible en todo el país; para los soldados, inquisidores y magistrados fue cuestión de honor prender y acabar con aquellos desalmados.



Una noche, a la hora en que aquellos hombres celebraban sus reuniones, rodearon el castillo y, penetrando en él, prendieron a nueve compañeros de los ahorcados y al mismo capitán.

Encerróse a aquellas gentes, y sobre todo al capitán, que iba cubierto con una armadura de hierro, y al que le amarraron fuertemente a una argolla.

Un día, cuando iban a juzgarlos, el carcelero entró a llevarle la comida al preso; pero éste se desplomó a su vista, deshaciéndose las piezas de su armadura, de modo que no cabía



El carcelero sintió al desplomarse la armadura...



duda de la desaparición del dueño; el carcelero sintió al desplomarse la armadura una carcajada infernal que le heló de espanto.

Dio parte a la justicia, y ésta mandó que se sacara la armadura y guardase como pieza de convicción. Apenas fueron sacadas las piezas de la armadura, cuando, armándose de repente, escapó del lugar en que la habían colocado.

Volvieron los terrores y los sobresaltos, hasta que de nuevo fue preso el de la armadura. Entonces un inquisidor viejo, suponiendo que era el diablo el que se había metido en la armadura del caballero, propuso, y fue aceptado, que armadura y caballero fuesen puestos en fundición, y con el hierro que resultase se hiciera una cruz.

Hízose así y fundióse la cruz, que se colocó como señal en los lugares que más había frecuentado.

Cuando se estaba fundiendo la armadura salían de ella carcajadas huecas y horripilantes que llegaron a atemorizar a los fundidores.

Colocada la cruz, en donde se puso se secó la hierba, y su solo aspecto hacía temblar al caminante.

Por eso la llamaban la cruz del diablo.

Sin embargo, apenas fue consagrada por el sacerdote de aquel lugar, brotaron en torno suyo hermosas flores y su sombra protectora fue benéfica, porque el poder de Dios lo purifica todo.



## EL POBRE CIEGO

**E**L suceso que voy a contaros, queridos niños, ocurrió en una de esas frías noches de diciembre en que menudos copos de nieve cubren con un manto blanco las calles; eran las siete de la noche, y las calles de la ciudad, a pesar del frío que reinaba, estaban animadas por las gentes que se dirigían al teatro Principal, donde iba a celebrarse una función de gran atractivo.

En la esquina de una calle cercana, e implorando la caridad pública, se hallaban un infeliz anciano, ciego y decrepito, y una niña como de diez años, que, tiritando de frío y hambre, arrancaba el primero estridentes sonidos a un viejo violín, y ella lanzaba notas que parecían salidas de la garganta de un pajarillo.





De vez en cuando, aunque muy de tarde en tarde, caía alguna moneda de cobre en el raído sombrero del anciano.

Pasaron las horas; la nieve arreciaba cada vez más, y aquellos dos seres, que se morían de frío, no habían logrado reunir más que unos treinta céntimos.

La gente salía ya del teatro y tres jóvenes acertaron a pasar por el lado de aquellos desdichados; el viejo les alargó el sombrero, diciéndoles:

—Dadme una limosna, por Dios; no puedo ya ganar mi vida con el violín, mis dedos se resisten a tocar, y mi hija de mi alma se muere enferma del pecho y de miseria.

En el acento del anciano se revelaba un dolor tan profundo que los jóvenes se sintieron conmovidos y llevaron rápidamente sus manos a los bolsillos, sacando todo lo que tenían.


El primero tenía cincuenta céntimos; el segundo, treinta; el tercero, nada; total, ochenta céntimos para remediar tan gran infortunio.

Los tres jóvenes se miraron con aire de lástima.

—Amigos míos —exclamó el primero—, vamos a buscar lo que nos falta; se trata de un compañero. Que Adolfo coja el violín y acompañe a Gustavo; mientras tanto, yo haré la cuestación.

Y, dicho y hecho, levantáronse los cuellos





de sus gabanes, atusáronse sus escasos y nacientes bigotes y, para no ser conocidos, se callaron los sombreros hasta los ojos.

—Ahora, con bríos y unidos —dijeron—. En una noche de Navidad, Dios debe sernos propicio.


—Se trata de alcanzar el premio de honor; adelante; empieza con tu composición de concurso, para atraer al público.

Bajo los dedos del joven, el violín del pobre arrancaba ayes supremos de agonía, gritos de esperanza, quejas de hambre; todos los dolores y todos los consuelos que oculta bajo su manto la aterradora miseria parecían brotar de las crines que guarnecían el arco, en forma de avasalladora melodía, cuya extraña influencia hizo agrupar alrededor del anciano y de los músicos aquella multitud que antes huyó de su lado. Todas las ventanas se abrieron, el círculo de transeúntes iba cada vez más en aumento, al terminar se oyó una salva de aplausos, y muchas monedas blancas cayeron en el sombrero del anciano, colocado de una manera significativa ante el grupo de músicos.

Después de una breve pausa, el violín preludió su acompañamiento.

—Ahora tú, Gustavo —dijo Carlos, que era el postulante.

El joven cantó una preciosa balada, con una voz dulce, vibrante, soberbia. El público, en-



cantado, gritaba: «¡Que se repita! ¡Que se repita!», y aplaudía sin cesar, y la colecta aumentaba y la multitud era cada vez más compacta.

Ante aquel éxito, el iniciador del pensamiento dijo a la niña:

—Ahora canta tú.

Y el violín lanzó sus primeras notas, y aquella niña, aterida de frío, electrizada por el entusiasmo, comenzó a cantar con voz de timbre débil, pero tan hermosa, tan sencilla, tan dulce, que arrebató a la multitud y a sus mismos compañeros, y el violín parecía arrancar notas hasta entonces no sentidas, y el aria se convirtió en dúo, y el mismo Carlos, con las manos en los bolsillos, lloraba, lloraba... Aquella composición que cantaba la niña... era suya... y, sin embargo, no la conocía... era un *Ave María* nueva, que arrancaba lágrimas a su mismo autor. Los jóvenes electrizaron a la multitud que los escuchaba, y no escaseó ésta ni su dinero ni sus aplausos... Bajaban las monedas de los balcones y salían de los bolsillos de tal modo, que Carlos se vio apurado para recogerlas.

Terminado el concierto, la multitud se dispersó. Los jóvenes se acercaron al pobre viejo, a quien la emoción sofocaba.

—Vuestros nombres —dijo el anciano—, para que mi hija los repita en sus oraciones.

—Yo soy la Fe —dijo el primero.

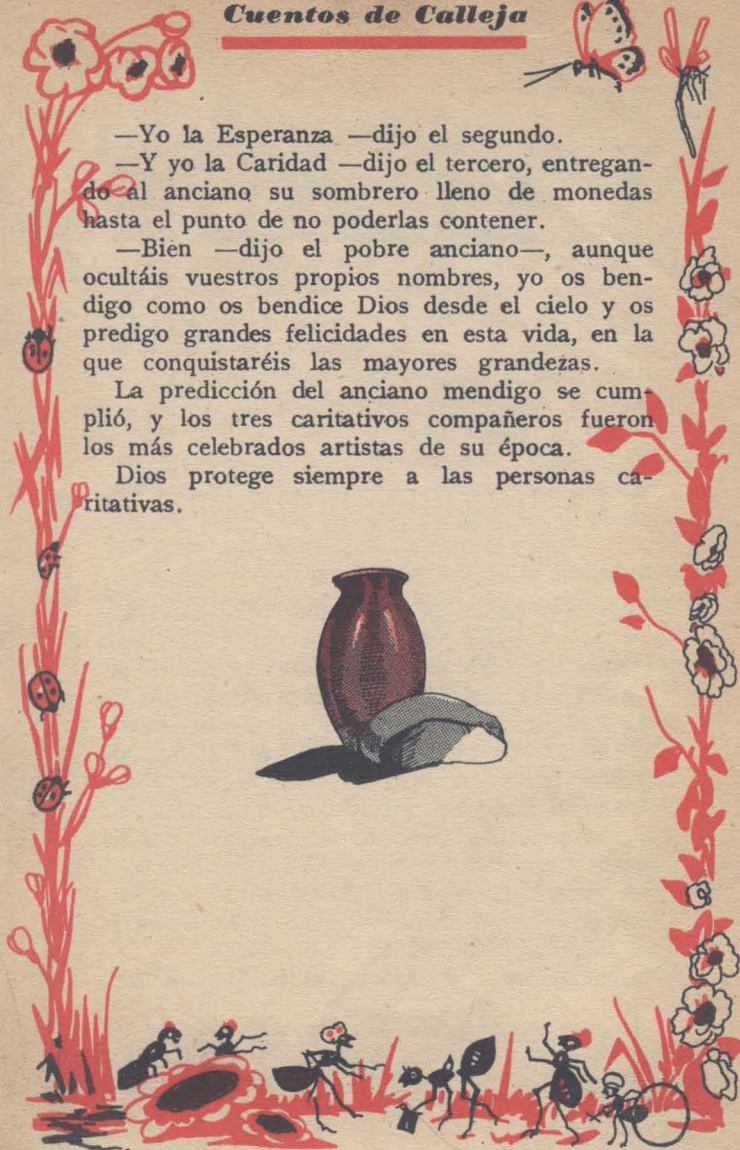
—Yo la Esperanza —dijo el segundo.

—Y yo la Caridad —dijo el tercero, entregando al anciano su sombrero lleno de monedas hasta el punto de no poderlas contener.

—Bien —dijo el pobre anciano—, aunque ocultáis vuestros propios nombres, yo os bendigo como os bendice Dios desde el cielo y os predigo grandes felicidades en esta vida, en la que conquistaréis las mayores grandezas.

La predicción del anciano mendigo se cumplió, y los tres caritativos compañeros fueron los más celebrados artistas de su época.

Dios protege siempre a las personas caritativas.





## LA JUSTICIA DE UN REY

Una vez había un judío muy rico, muy rico, que viajaba por un reino y llevaba consigo gran cantidad de dinero y un tesoro en alhajas. En su camino tenía que atravesar por un gran bosque, y, temiendo que le diesen muerte codiciando sus riquezas, fue a ver al rey de aquellas tierras, le hizo un gran regalo, y suplicó a su majestad que le concediese un hombre de seguridad que le acompañase por el bosque y por todo el reino. El soberano ordenó a su copero que acompañase al judío, y el copero cumplió su mandato y se puso en marcha, acompañando al rico israelita.

Cuando los dos llegaron al bosque, se des-



pertaron en el copero, deseos de poseer los tesoros que conducía el judío; se detuvo, y dijo a éste:

—¡Echa delante!

El judío se aterró; sospechaba las malas intenciones que abrigaba el copero, y no quiso adelantarse. El copero desenvainó rápidamente su espada, y exclamó:

—¡Judío, debes morir aquí, a mis manos!

—¡Oh, querido copero, no hagas tal cosa! —respondió el judío—. ¡El asesinato que cometas conmigo no permanecerá oculto, pues aunque el homicidio se cometa secretamente, sin ser visto por ningún testigo, lo declararán las aves que vuelan debajo del cielo!

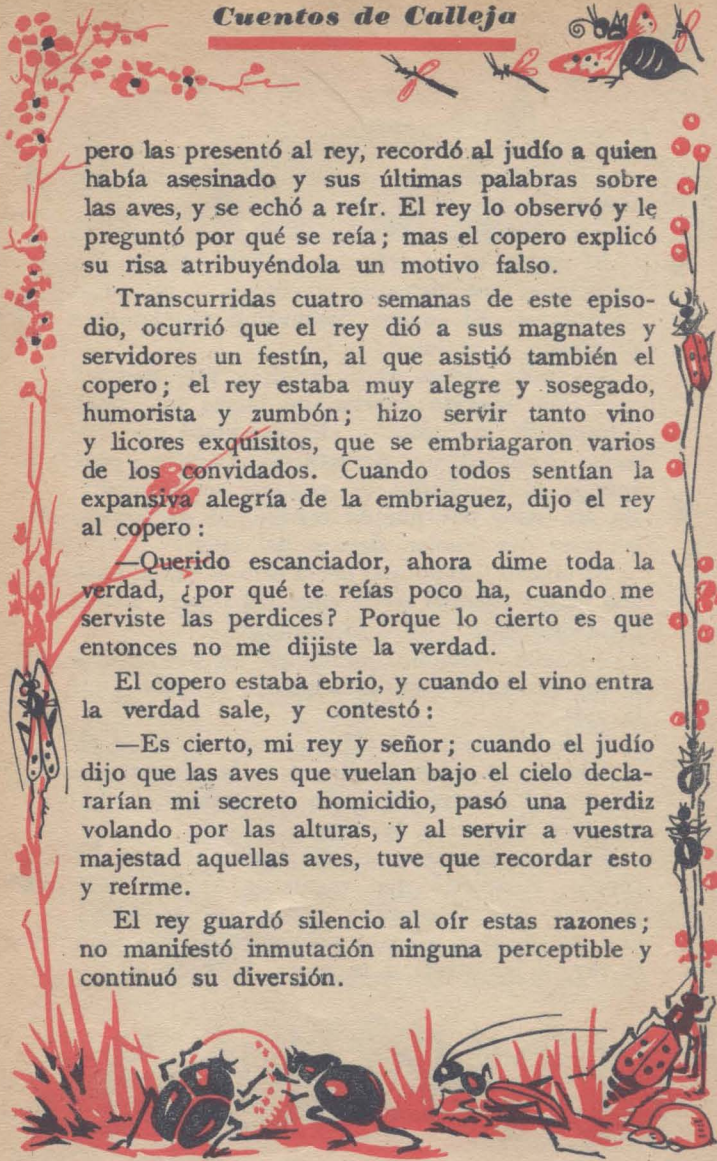
Al mismo tiempo que decía esto el judío, pasó una perdiz volando sobre ellos. El copero sonrió maliciosamente, y dijo mofándose:

—Estate tranquilo, judío, que la perdiz dirá al rey con gran seguridad que yo te quito aquí la vida.

Y diciendo esto el copero, mató al judío en el bosque, le robó el dinero y las joyas que llevaba, y enterró al judío secretamente, volviéndose después a la corte.

Pasó un año después del hecho traidor del copero, y ocurrió que regalaron al rey unas perdices, que el sumiller entregó al cocinero; éste las guiso y preparó convenientemente para el rey, y las sirvió a la mesa. Cuando el co-





pero las presentó al rey, recordó al judío a quien había asesinado y sus últimas palabras sobre las aves, y se echó a reír. El rey lo observó y le preguntó por qué se reía; mas el copero explicó su risa atribuyéndola un motivo falso.

Transcurridas cuatro semanas de este episodio, ocurrió que el rey dió a sus magnates y servidores un festín, al que asistió también el copero; el rey estaba muy alegre y sosegado, humorista y zumbón; hizo servir tanto vino y licores exquisitos, que se embriagaron varios de los convidados. Cuando todos sentían la expansiva alegría de la embriaguez, dijo el rey al copero:

—Querido escanciador, ahora dime toda la verdad, ¿por qué te reías poco ha, cuando me serviste las perdices? Porque lo cierto es que entonces no me dijiste la verdad.

El copero estaba ebrio, y cuando el vino entra la verdad sale, y contestó:

—Es cierto, mi rey y señor; cuando el judío dijo que las aves que vuelan bajo el cielo declararían mi secreto homicidio, pasó una perdiz volando por las alturas, y al servir a vuestra majestad aquellas aves, tuve que recordar esto y reírme.

El rey guardó silencio al oír estas razones; no manifestó inmutación ninguna perceptible y continuó su diversión.

Pero al día siguiente convocó a sus consejeros secretos en el tribunal, y les dijo :

—¿En qué pena incurre el que, habiendo sido encargado por el rey de conducir en seguridad a un extranjero a través del reino, le mata y le roba?

A lo cual contestaron unánimemente los consejeros :

—¡Ése ha merecido la horca!

Inmediatamente tomó el rey asiento en su tribunal público, presentó un acusador que delatase al copero, y como éste en los momentos de embriaguez había referido su hecho ante testigos, tuvo que confesarse también ante el tribunal, y fue sentenciado a la horca.

Los hombres malos no tienen momento de tranquilidad, porque los remordimientos de la conciencia les atormentan cruelmente y la Providencia se encarga de que sus pecados no queden ignorados y sufran el merecido castigo, como le sufrió el copero.





## UN CUENTO CHINO

**A**LLÁ en épocas remotas, quince siglos antes de la era cristiana, vivía una preciosa niña, hija de uno de los más poderosos caballeros del Celeste Imperio, cuyas virtudes y bondades cautivaban la admiración de todos. Los jóvenes la deseaban por esposa, causaba envidia a las demás doncellas de su edad, y los viejos la respetaban por el cariño fiel que profesaba a sus padres.

Los tres únicos individuos de aquella familia eran felices; poseían una fortuna, disfrutaban buena salud y se les tributaban más honores de los que ellos hubieran deseado. El amor de los esposos y el cariño de la hija hacían de aquel hogar un templo de felicidad.



Un día el padre desapareció de la casa, sin que nadie pudiera explicarse la causa. Había salido por la mañana a dar un paseo a caballo, cosa que no extrañó a la familia, porque era su diversión favorita; pero sucedió que al anochecer se presentó sólo el caballo sin el jinete que lo montaba. Fue ésta la primera nube que empañó la alegría que reinaba en aquel templo, hasta entonces consagrado a la felicidad doméstica. Pasaban días y semanas, y el padre no parecía. La mirada alegre y bondadosa de la madre se tornó triste, y temióse, no sin fundamento, que aquella desgracia había de acabar con su vida. La hija no quiso en adelante vestir otro traje que el blanco, que es el color de luto en China, negándose a tomar alimento ni ver a persona alguna, hasta saber noticias de su padre.

Pasó un año. Los bandidos de los campos confesaban no haber visto a semejante hombre. Los sacerdotes aseguraban que el alma del padre no había subido al cielo. Los guerreros juraban que no le habían visto en las guerras. Los mercaderes de las ciudades negaban que hubiesen vendido mercancía de ningún género al desaparecido. La desconsolada madre, tan afligida por la melancolía de su hija como por la pérdida de su esposo, hizo un día juramento de conceder su codiciada hija por esposa a quien encontrara al anciano.

Corrió la noticia como el viento, y bien pron-





to la multitud de pretendientes de la joven se dirigió en busca del padre de ésta. Registraron las altas cimas de las montañas y el fondo de los abismos. La recompensa no podía ser mejor. El amor y la posesión de aquella singular belleza debía de hacer, en algún modo, feliz en esta vida al afortunado que supiera encontrarle.

Hasta el caballo se exaltó, rompiendo la cuerda que le sujetaba; animado por una misteriosa fuerza, quedó libre, desapareciendo en la llanura y perdiéndose en los campos de arroz. Más afortunado que las personas, logró encontrar al viejo, que se había perdido en tierra extraña.

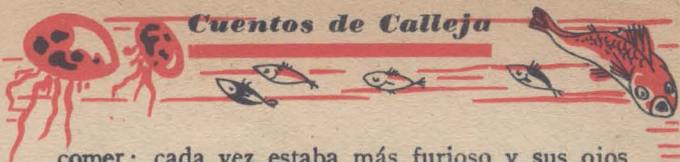
Renació la salud y la alegría en aquella casa, y pronto se olvidaron las penas, y con éstas el servicio del animal. Enfermó el caballo, no queriendo comer ni beber. Triste unas veces, furioso otras, tenía siempre vuelta la cabeza a las habitaciones de la hermosa doncella.

El padre preguntó la causa de esta pertinaz monomanía y de tal estado de ánimo, y su mujer le explicó el juramento hecho por ella en vista de su desaparición.

—Estos juramentos —dijo el anciano— se hacen y se cumplen con las personas, pero no con las bestias. Desde hoy désele al caballo ración doble de arroz, pero nadie se preocupe de tales niñadas.


Pero el caballo siguió en su manía de no






comer; cada vez estaba más furioso y sus ojos despedían centellas, en vez de chispas, cada vez que pasaba cerca de él la hermosa joven.

Temeroso el padre de las consecuencias que semejantes manías pudieran traer consigo, mató de un flechazo al animal. Muerto el caballo y descuartizado en el patio de la misma casa, arrancáronle los criados la piel, que extendieron en el suelo para que el sol la secase. Pasó cerca de ella casualmente la joven, y, movida como por un resorte mágico, se levantó la piel, envolvió a ésta y se la llevó por los aires, con admiración de todos los que presenciaron tan extraño suceso.



Algunos meses después se encontró la piel extendida sobre la copa de un árbol nunca visto en el país, y en cuyas hojas se albergaba, nutriéndose de ellas, un gusano que producía ovillos de seda. Allí fueron a llorar los padres de la joven, y el pueblo denominó *Sang* a aquel misterioso árbol, palabra que desde entonces significa morera y funeral.



Nadie dudó en la población de que la doncella fue convertida en gusano por la falta que cometió de dejar de cumplir un juramento tan solemnemente pronunciado; pero al cabo de algún tiempo se apareció a los padres hermosa y brillante, entre nubes perfumadas, vestida con riquísimas sedas y montada en el mis-



mo caballo muerto en su casa. Era una diosa que aparecía a sus padres, para decirles:

—¡Oh, padres; por mi piedad filial he sido elevada a los cielos! No lloréis por mí, pues soy feliz y os sigo queriendo como antes.

Los padres, desde entonces, dejaron de llorar por su hija, plantaron una morera en el centro del patio, convertido en jardín, en recuerdo y honor de su hija, y hasta los sacerdotes chinos celebraban el aniversario con fiestas religiosas a ella dedicadas, como modelo de amor filial y de respeto a los mandatos de los padres.





## LA ASTUCIA DE UN ANIMAL

**E**STIMABLES jóvenes: La historia que voy a referiros, seguramente os parecerá falsa: mas, a pesar de su aspecto, es verdadera, porque mi abuelo, a quien yo la oí, acostumbraba a decir cuando nos la contaba: «Debe ser cierta, hijos míos, aunque no lo parece, pues de otro modo no la habrían contado.»

La historia es como sigue:

Érase la mañana de un domingo, precisamente por el tiempo en que maduraba el trigo sarracénico. El sol se levantaba dorado en el azul del cielo, el viento de la mañana pasaba por los rastrojos esparciendo su frescura, las alondras cantaban en el aire, las abejas zum-



baban en el trigo sarracénico (o fabuco), y los aldeanos, con sus trajes del domingo, se encaminaban a la iglesia; en una palabra, que todas las criaturas estaban contentas, y el erizo también.

Este erizo estaba en la fachada de su casa, de pie, recostado en el muro, junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, recibiendo en la cara la brisa de la mañana, y, mirando a lo lejos, tarareaba una cancioncita, ni mejor ni peor que lo puede hacer un erizo en la agradable mañana de un domingo. Mientras que estaba así cantando a media voz, se le ocurrió que mientras su mujer lavaba y vestía a sus pequeños, él podía dar una vueltecita por el campo y ver cómo seguía su bancale de nabos. Estas raíces eran las plantas que se cultivaban más cerca de su casa, y como acostumbraba a comer de ellas con su familia, las consideraba como suyas propias. Al irse, el erizo entornó la puerta de su casa y se encaminó a su vega. No se había alejado mucho de su casa, cuando quiso pasar rodeando precisamente el bosquecillo de ciruelos que había antes de llegar a dicho bancale, y se encontró con la liebre, que había salido de su casa con el análogo propósito de visitar también sus colles. Cuando el erizo se apercibió de ella le dio los buenos días amistosamente. Pero la liebre, que a su modo era una distinguida señora



y muy orgullosa además, no contestó al saludo del erizo y le dijo con aire muy desdeñoso:

—¿Cómo es que sales tan de mañana a corretear el campo?

—Voy a dar un paseo —le contestó el erizo.

—¿Dar un paseo tú? —dijo la liebre, y se echó a reír—; me parece que debías emplear tus piernas en alguna otra cosa mejor que en ésta.

Estas palabras disgustaron extraordinariamente al erizo, pues todo lo podía él soportar menos que hablasen de sus piernas, precisamente porque eran zambas por naturaleza.

—¿A ti se te figura —le dijo el erizo— que puedes hacer algo más con las tuyas que yo con las mías?

—Ya lo creo que sí —dijo la liebre.

—Pues, en tal caso, pudiéramos probarlo—in-  
sinuó el erizo—; yo apuesto a que corro más que tú.

—Esto es cosa de reírse; ¡tú, con tus piernas torcidas! —le dijo la liebre—; pero por mi parte, sea, si tan grandes deseos tienes. ¿Qué se apuesta?

—Cinco duros y una botella de anisado —le dijo el erizo.

—Aceptado —contestó la liebre—; choca; podemos empezar.

—No, no hay tanta prisa —le replicó el erizo—; yo estoy en ayunas todavía; iré primero



a casa y tomaré un bocadillo. En media hora estoy ya de vuelta.

Y se marchó el erizo, después de concertar con la liebre las condiciones del desafío.

Por el camino iba pensando el erizo para sus adentros:

«La liebre confía en sus largas piernas, pero yo la cogeré. Se imagina ser una distinguida señora, pero no es más que una impertinente, y tendrá que pagar su arrogancia.»

Cuando el erizo llegó a casa, dijo a su esposa:

—Vístete pronto, que tienes que venir a la vega conmigo.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo la mujer.

—He hecho una apuesta de cinco duros y una botella de anisado con la liebre; hemos de ver quién corre más, y tú has de estar presente.

—¡Oh, Dios mío, marido! —exclamó la mujer del erizo—; eres un imprudente. ¿Has perdido el juicio? ¿Cómo puedes tener la presunción de correr más que la liebre?

—Tú, mujer, te callas la boca —la dijo el erizo—; eso es cosa mía, y no te metas a discutir conmigo asuntos de esta especie. Marcha, vístete y vamos pronto.

¿Qué había de hacer la mujer del erizo? Tuvo que seguirle, mal de su grado. Cuando

iban por el camino en amor y compañía, dijo el erizo a su mujer:

—Ahora escucha bien lo que voy a decirte: mira, en el campo grande es donde hemos de disputar la apuesta. La liebre correrá por un surco y yo por otro; empezaremos la carrera por la parte alta. Ahora tú no tienes más que hacer que colocarte allá abajo en el surco, y cuando venga la liebre por el otro lado, le gritas, saliéndole al encuentro: «Yo ya he llegado.»

En esta conversación dieron vista al campo grande. El erizo indicó a su mujer el sitio en que había de colocarse, y él echó a andar el campo arriba. Cuando llegó a la parte más alta encontró a la liebre, que le estaba esperando ya, y le preguntó al erizo:

—¿Podemos empezar?

—Sí —contestó.

—Pues a prepararnos.

Y cada uno se colocó en su correspondiente surco.

La liebre contó: «¡Una, dos, tres!» y partió como un torbellino campo abajo. El erizo sólo andaría unos tres pasos; se agachó en el surco y esperó allí tranquilo.

Cuando la liebre llegó a toda carrera a la parte inferior, le salió al encuentro la mujer del erizo, gritando:

—¡Yo ya estoy aquí!

## Cuentos de Calleja



La liebre quedó sorprendida y confusa. Creyó que quien le hablaba era el mismo erizo, pues sabido es que la hembra del erizo tiene el mismo aspecto que el macho.

Pero la liebre pensó: «Aquí anda el diablo metido», y exclamó:

— ¡Vamos a dar otra carrera!

Y volvió a partir como una exhalación, corriendo de tal modo, que las orejas se le ple-gaban sobre el cuello y el lomo por la fuer-za del viento. Pero la mujer del erizo se quedó tranquila en su sitio.

Cuando la liebre llegó a la parte superior del campo, le salió al encuentro el erizo, ex-clamando:

— ¡Yo ya llegué!

Pero la liebre, fuera de sí de indignación, exclamó:

— ¡Otra vez, una vuelta más!

— Por mi parte, conforme —le contestó el erizo—, y cuantas veces quieras tú.

Así corrió la liebre sesenta y tres veces y el erizo sostuvo con ella la carrera. Cada vez que la liebre llegaba a la parte superior o inferior del surco, decían el erizo o su mujer:

— ¡Yo estoy aquí ya!

A la carrera sesenta y cuatro ya no pudo lle-gar la liebre al final del surco. En medio del campo se echó en tierra, la sangre se le subió a la garganta, y quedó muerta en el sitio. Pero



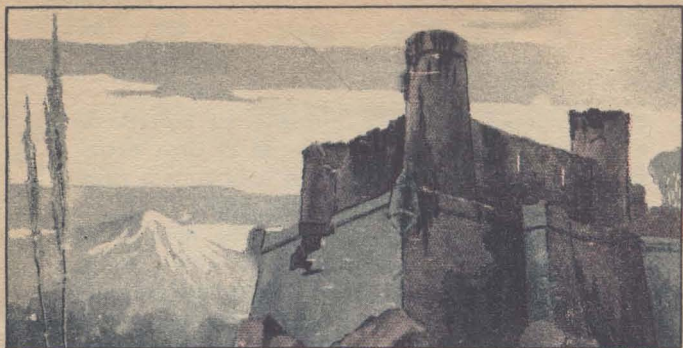


el erizo tomó sus cinco duros y su botella de anisado, llamó a su mujer desde el otro extremo del surco, los dos se fueron contentos a casa, y si no han muerto vivirán todavía.

Y de este modo ocurrió en los montes de las Batuecas, que habiendo dado muerte, en la carrera, el erizo a la liebre, desde entonces no se le ha vuelto a ocurrir a ésta el apostar a correr con el erizo.








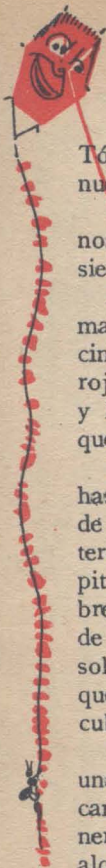
La moraleja de esta historia es: en primer lugar, que ninguno, por distinguido que se crea, debe mofarse del hombre modesto; y segundo, que siempre es de buen consejo el que se escoja por mujer a una de la misma condición y aspecto. Así, pues, el que de condición sea un erizo, deberá cuidar de que su esposa sea también erizo.





## LA CASA DE LOS FANTASMAS

**H**ABÍA en Madrid una casa por los siglos XVI y XVII que, al decir de las gentes, estaba encantada y no era posible habitarla, porque en ella vivían en feliz consorcio brujas y endriagos, que se aparecían al mediar la noche con espanto de los vecinos. Las pocas familias que en ella vivieron arreglaban, como es costumbre, la casa por el día, y a poco los muebles estaban revueltos; fuera de su sitio, arrojados por el suelo; éste, sucio como si hiciera cuatro semanas que no se barriese, hasta el extremo de que cuando en una casa cualquiera se notaba un gran desarreglo, suciedad y desorden, se solía decir: «Esa es la casa de



Tócame Roque», frase que aun se dice en nuestros días.

A tal extremo llegó el horror, que los buenos vecinos de Madrid ni aun regalada quisieron en adelante vivir en ella.

Y así pasaron años y años y la casa permanecía sin alquilar y atemorizando a los vecinos los ruidos de cadenas y las llamaradas rojas que salían por sus mal cerradas ventanas, y los tristes ayes y los alaridos de condenado que se oían.

La casa continuó mucho tiempo desalquilada, hasta que llegó a Madrid, de vuelta de la guerra de Flandes, una bandera de aquellos invencibles tercios de infantería llamados *los viejos*. El capitán de esta bandera (hoy compañía) era hombre joven, gastador, amigo de cuidarse bien, de lucir buenos trajes, y no le alcanzaba la soldada que se le daba, mucho más pequeña que la que hoy se les da a los de su clase, para cubrir todos sus gastos.

Preguntó el joven al llegar si por allí había una casa de duendes, y señalándole la de Tócame, Roque, fuese a ver al dueño y a proponerle el desencanto de la casa mediante el alquiler gratis de un año; aceptó el dueño, e instalóse en la casa, llevando por todo mobiliario dos camas, dos sillas y una mesa, que eran más que suficientes para el capitán y su ordenanza.

La primera tarde que entró, dejó bajo la almohada un par de pistolas, diciendo en tono de firme convicción:

—Veremos si obedecen a éstas los fantasmas.

Fuese el capitán a pasear, dejando en acecho al asistente, hombre que se asustaba tanto como su amo de vivos y muertos, y hubo de ir a buscarlo a la hora de comer. Por el camino le dijo que una especie de hombre vestido de blanco había cogido las pistolas de debajo de la almohada, las había sacado la bala y vuelto a poner en su sitio.

A las once volvía el capitán a su casa; después de rezar sus oraciones en voz muy alta para que lo oyese, se volvió de espaldas y se durmió.

A las doce, como de costumbre, comenzóse a oír el ruido de cadenas que se arrastraban por el suelo, cantos lúgubres y demás acompañamiento de gritos y lamentos, y a poco vio venir el capitán hacia él una cosa muy grande; que de pronto se convirtió en muy pequeña, envuelta en un sudario blanco y llevando sobre el sudario una calavera por cuyos huecos de los ojos, nariz y boca salían los destellos de una luz, amarillenta unas veces, roja otras, y otras azul, a manera de fuegos chinoscos.

No bien hubo visto el capitán aquella visión, se incorporó en la cama, sonriendo, y le dijo:



*Mira, le dijo, la bala...*

—¡Espantajo disfrazado, vete y no adelantes un paso más si no quieres que una bala de mis pistolas te envíe a hacer compañía al dueño de esa asquerosa calavera que te pones a guisa de tocado!

—Tira y verás —dijo una voz cavernosa, y siguió andando.

El capitán hizo fuego; el estampido hizo retemblar la casa; pero el fantasma siguió andando y mostrando al capitán una cosa que llevaba en la mano:

—Mira —le dijo—; la bala de tu pistola, obedeciendo mis mandatos, se ha venido a mi mano. Vete de esta casa, que es la casa de los muertos y de las almas en pena, si no quieres pasarlo mal.

—Pues bien —replicóle el capitán—, si las balas obedecen a tu voz con tanta facilidad, mándale a las de estas otras pistolas que no te hieran, porque van a hacerlo. Mira.

Él hizo fuego con otro par de pistolas bien cargadas que había llevado a prevención.

El fantasma cayó al suelo. Al oír el segundo disparo, media sección de soldados de la bandera del capitán, que estaban apostados no lejos de la casa, entraron en ella y, guiados por el asistente, fueron a la habitación del capitán a quien encontraron vestido.

Examinaron aquella cosa tan grande unas veces y otras tan pequeña, y descubrieron que



## Cuentos de Calleja

era un hombre mal encarado y de peor facha, que tenía en la cintura y hombros unos aparatos por medio de los cuales alargaba y disminuía el tamaño del sudario que llevaba puesto, cubriéndose con él.

Reconocido aquel *fantasma*, resultó que estaba muerto. Las cadenas seguían sonando, y continuaban los cantos, que ahora se hacían más perceptibles porque el fantasma había dejado abierto un hueco hasta entonces no visto.

Repartiése la fuerza por la casa, a fin de que nadie se escapase, y con algunos hombres bajó el capitán por aquella abertura, sorprendiendo una partida de facinerosos que, a la sombra del terror que producían los fantasmas, habían convertido los sótanos de la casa en centro de sus operaciones.

Amarrados salieron de allí aquellos pícaros, siendo entregados a los tribunales, que los hicieron ahorcar.

Desde entonces, en la casa de Tócame, Roque podía dormirse a pierna suelta sin temores ni sobresaltos; el capitán la había desencantado.

Esto prueba que la creencia en brujas y duendes es un desatino, al que sólo prestan crédito los cobardes y los tontos, y que hace reír a los discretos.





## UN GRANO DE GRANADA

**U**N rey tenía una hija a quien deseaba casar, y cuya hija, joven y hermosa, no tenía deseos de contraer matrimonio.

Tenía la princesa multitud de pretendientes, jóvenes y ápuestos caballeros de la corte de su padre. Entre ellos sobresalía un gallardo doncel, señor de uno de los más fuertes y hermosos castillos del reino y de la más rica de sus comarcas.

Fueron tantas las instancias del padre para que escogiese esposo entre los caballeros que habían pretendido su mano, que la joven no se atrevió a desobedecerle, y cierto día que el



padre le proponía resueltamente la cuestión del casamiento, le respondió:

—Pues bien, padre mío; me casaré, puesto que ésa es tu voluntad, pero con una condición.

—Díla.

—Que los caballeros que deseen casarse conmigo han de celebrar un torneo, al cual, en vez de lanzas, han de llevar una granada que, corriendo a todo el galope del caballo, han de comer sin que se le caiga un grano.

—Eso es imposible.

—Pues han de hacerlo si quieren casarse conmigo.

Celebróse el torneo, y el doncel apuesto, que era el más enamorado, comió grano a grano su granada sin que cayese al suelo un solo grano; pero, por su desgracia, habíasele caído en la barba uno de éstos, que recogió con la cáscara antes de caer.

Tomó de aquí pretexto la princesa para decir que ninguno había cumplido las condiciones del torneo, y dijo, en vista del desagrado que causó aquella disculpa, que se casaría con el que, noble o plebeyo, le dijese la mayor mentira.

Acudieron muchas gentes de muchas partes; dijéronle mentiras muy ingeniosas, pero no superaban a las que la princesa proponía.






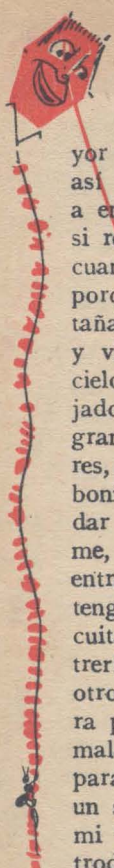
Presentóse una tarde un pastor desharrapado, sucio y un tanto mal encarado, diciendo que iba

a proponer a la hija del rey la mayor de las mentiras para casarse con ella.


Recibióle aquélla rodeada de su corte y, antes de comenzar, preguntóle:

—Dime, buen hombre, ¿por qué eres tuerto?

—Esa es una historia que habré de contar a vuestra alteza antes de decir la mayor de las mentiras que se han dicho en el mundo. Yo, señora, soy pastor; guardando cabras estaba no ha mucho en el monte cercano, cuando sentí unas fuertes patadas en la espalda; volví la mano y cogí una pulga tan grande, que, después de muerta, en su pellejo, que sequé al sol, podrían ponerse dos arrobas de aceite. En el monte había cogido el año anterior dos solas aceitunas que me habían producido una arroba de aceite cada una, aceite que tenía aún en el molino por no tener odre donde echarlo. Puse el aceite en el pellejo y fuíme al pueblo más cercano a venderlo; casi a la entrada, y no lejos de las primeras casas, encontré a un hombre que tenía unas gallinas que ponían huevos, y de éstos salían inmediatamente unos pollitos muy crecidos y hermosos. Propuse al dueño de aquellas gallinas tan singulares el cambio de mi aceite por una de ellas, y aceptó. Volví al monte con mi gallina, y a la hora tenía ya un corral tan grande como el de un rico labrador. Uno de los pollos salió del huevo tan listo y hermoso, que a los dos minutos era ma-



yor que un borrico, cosa que me agradó, pues así tendría en qué montarme cuando llevase a encerrar el ganado. Montéme en él para ver si resistía mi peso, y cuál no sería mi sorpresa cuando vi que ya no podía bajarme del pollo, porque estaba más alto que las más altas montañas, y sentí un gran golpe en la cabeza. Miré y vi que había tropezado con las puertas del cielo, que, sin duda por descuido, habían dejado abiertas. Entré y lo vi todo; había allí grandes talleres de modistas y sastrerías, telares, carpinterías, herrerías y otros muchos muy bonitos. Andando, andando por allí, hube de dar de manos a boca con San Pedro, y al verme, me dijo: «¡Desgraciado! ¿Cómo lograste entrar hasta aquí? Vete ahora mismo antes que tengas que sentir tu atrevimiento.» Contéle mi cuita al bueno del Apóstol, y del taller de sastrería trajo un ovillo de orillos anudados unos a otros, que dejó caer, diciéndome que me deslizara por ellos sin cuidado. Me dejé caer con tan mala suerte, que aun me faltaban diez varas para llegar al suelo; pero me resolví a bajar de un salto, por no estar colgado de la punta toda mi vida. Al caer en tierra, bajé de cabeza e introduje ésta en una hermosísima sandía que cogí debajo; para sacarla de esta nueva especie de prisión, abrí la navaja que llevaba en el bolsillo, pinché en uno de sus lados para partirla en dos, y la punta de mi navaja me saltó un



## Cuentos de Calleja



ojo; y he aquí por qué soy tuerto. Ahora, si vuestra alteza quiere, podemos ir a lo de la mentira.

—No sigas, porque si para una pregunta sola has dicho tan grandes mentiras, ¿cuáles no inventarás luego? Nos casaremos, puesto que ése es el premio.

—Pues bien, señora; yo, ni soy tuerto ni soy pastor; soy el caballero que se comió los granos de la granada sin que se le cayera uno. Ahora creo que cumpliréis la promesa.

Casáronse poco tiempo después, y fueron felices.





## CAÍN Y ABEL

**A** PENAS Caín hubo dado muerte a su hermano Abel, sintió en el fondo de su alma como si le hubieran golpeado con la misma arma homicida usada por él. Levantó los ojos al cielo y vio un ojo brillante que le miraba fijamente.

Para huir de la justicia de Dios, en una noche de tempestad, seguido de su mujer y de sus hijos, escapó de aquel país, cuya tierra había ensangrentado.

A la noche siguiente llegaron al fin de una alta montaña, en donde los hijos, cansados del viaje, le dijeron :



—Padre, descansemos aquí y durmamos.

Durmiéronse todos; pero el fraticida, buscando en el cielo consuelo a su pena, levantó la vista, y, fijo en él, vio el ojo, que se destacaba entre las sombras.

—¡Huyamos! —gritó, asustado, a su familia.

Levantáronse todos y emprendieron la fuga.

Marchaba Caín con la cabeza baja, causándole miedo el más ligero rumor que escuchase, volviendo siempre la vista atrás, sin dormir ni detenerse un solo instante.

Llegaron por fin a orillas del mar, fin de la tierra, según ellos creían, y:

—Descansemos aquí —dijo—; este sitio es seguro; hemos llegado a los confines del mundo.

Sentáronse a descansar, dando él, con el ejemplo, la señal, y casualmente miró al cielo, en el cual vio el mismo ojo, que le miraba.

Abatido, desesperado, llamó a su hijo Jebel, y le dijo:

—Hijo mío, ármame aquí una tienda.

Satisfizo el hijo los deseos de su padre, levantando una tienda grande y bien cerrada.

Entró en ella Caín con su hija Isila, y una vez dentro, le preguntó ésta:

—¿Todavía lo ves, padre mío?

—¡Todavía lo veo, hija mía! —respondió con desgarrador acento.

Entonces su hijo Tubal construyó una fuerte

barrera de bronce, creyendo que detrás de ella estaría seguro; y, para alentar a su padre, le dijo:

—Tened confianza en mí.

Levantó la barrera, alta como las montañas; pero todo inútil: el ojo estaba allí.

—¿Lo ves aún? —le preguntó Isila.

—Lo veo, hija mía.

Entonces Tubal construyó una ciudad gigantesca, mientras sus hermanos hacían la guerra a las tribus vecinas. Los muros de aquella ciudad eran de granito, unidos entre sí por garfios de hierro. Sus torres eran elevadas, tanto, que con su sombra cubrían toda la comarca.

Una vez terminada, encerraron a su padre en una gran torre construida en el centro de la ciudad. En ella estuvo triste e inquieto hasta el día en que Isila le preguntó:

—¿Ha desaparecido, padre?

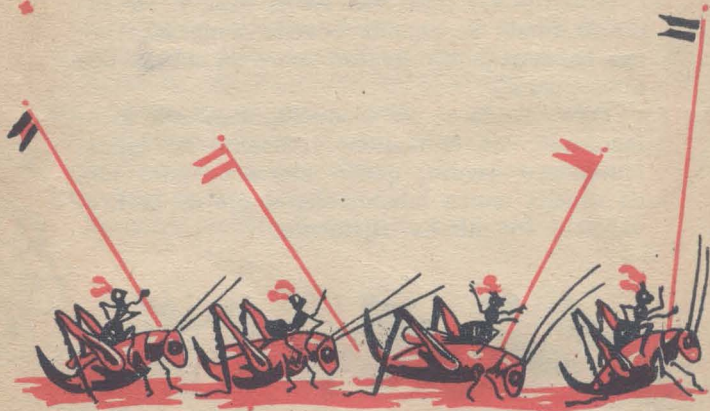
—¡No; aun me está mirando!... Desde ahora quiero habitar en el centro de la tierra.

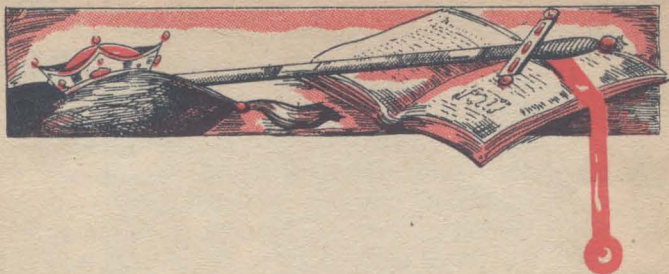
Abrieron sus hijos una ancha fosa, y descendió al fondo de aquella bóveda sombría. Apenas había bajado, cerraron sobre su cabeza una gran puerta.

Pero cuando se cerró aquella, quedando incomunicado con el mundo, y levantó su cabeza creyéndose seguro, quedó aterrado, pues allí, en aquella tumba inhabitable, el ojo de la Providencia lo miraba fijamente.

## Cuentos de Calleja

Los malos no pueden ocultarse a la Providencia ni separarse de sus crueles remordimientos.





## LA FORTUNA IMPROVISADA

**E**N 1357 vivía en Nájera una familia muy pobre, compuesta del padre, la madre y un hijo, mozo apuesto y garrido, más aficionado al manejo de la espada que a la esteva y al arado; gustábale más rondar las rejas de las muchachas que remover la tierra con la azada.

Cuando cumplió Lope, que así se llamaba el hijo, sus quince años, quedóse huérfano de padre y madre, dejándole éstos por toda herencia una mala casa de tierra, un prado, algunas pocas monedas de oro y un clavo negro y grande que sobresalía en la habitación en que dormía el padre.



Cuando éste murió, habló a su hijo de esta manera :

—Hijo mío, siento no dejarte una fortuna; los tiempos están malos, y en vez de aumentar la herencia que recibí de mi padre, te la entrego mermada, bien que contra mi voluntad. Voy, sin embargo, a hacerte la misma recomendación que mi padre me hizo en el lecho de su muerte. ¿Ves ese clavo que sobresale de la pared? Pues si alguna vez tuvieras que vender esta casa, no lo abandones, y antes de dejarla, arráncalo de donde está y llévatelo, pues tal es la voluntad de nuestros antecesores.

Dicho esto, murió el padre, compartiendo sus miradas entre un Cristo y el clavo simbólico de la familia.


Lope era un hombre altivo; labrador sin labranza, habría de ser criado de labor, y esto repugnaba a sus inclinaciones, que le llevaban a ser soldado; pero su espíritu de independencia admiraba más al jefe que mandaba que al soldado que obedecía.

En estas vacilaciones llegó un día que se quedó sin cenar, y decidióse a vender el prado y luego la casa, cuna de toda su familia, que su padre le encargó que conservara.

Antes de decidirse a venderla estuvo arreglando las cuentas consigo mismo, y pasó una noche horrible la que precedió al día en que había de cerrar el trato.



*El hueco aquel parecía un tonel...*



Una de las muchas veces que miró aquel clavo venerable, con muestras de respeto, le pareció que lanzaba reflejos dorados, y creyó ver que centelleaba ante sus ojos.

Se aproximó a él, y un desasosiego particular se apoderó de su espíritu.

—¿Qué representará este clavo —se preguntaba— en la historia de mi familia? ¿Tendrá alguna inscripción cabalística que encierre saludables consejos, o será de un valor tal que importe una fortuna su posesión?

Y tornaba al lecho, en que se revolvía sin conseguir conciliar el sueño.


Al cabo, pudiendo más que sus preocupaciones las necesidades de su estómago, ya de madrugada se decidió a vender la casa de sus padres; pero antes quiso cumplir las condiciones que le impuso éste momentos antes de expirar.

Fuese al clavo, le asió, y comenzó a agitarle fuertemente. Cansado por la resistencia del clavo, tiró hacia sí con fuerza; de repente saltó un trozo enorme de tierra, dejando descubierto un hueco, que comenzó a manar un enorme chorro de monedas; el hueco aquél parecía un tonel cuya espita estaba abierta.

Lope retrocedió admirado.

Algunos años después, Lope, en compañía de una tropa de valientes contratados por él, asistió a la batalla de Nájera.

Con el tesoro encontrado realizó el sueño de



## Cuentos de Calleja

toda su vida, armando a su costa una compañía, de la que fue digno capitán, ocupándose toda la vida en defender a su patria en toda clase de necesidades.








## LA COMIDA DE BODA

UNA vez había en una aldea tres mastines que guardaban entre sí relaciones de vecindad. En el lugar se celebraba una gran boda, a la que fueron convidados chicos y grandes, y hubo cocidos, asados y fritos, en tan grande abundancia, que el olor trascendía por todo el pueblo. Estando reunidos los tres perros, se apercibieron de los buenos olores, y deliberaron el modo de asistir ellos también a la boda, por ver si alcanzaban algo. Mas, para evitar la importuna vigilancia, resolvieron no ir los tres juntos, sino separados, uno a uno.

En efecto, fué el primero, entró en un patio donde estaban matando y despedazando las re-



ses, cogió un gran trozo de carne, y emprendía su retirada con ella, cuando fue atrapado y recibió una espantosa tanda de palos, después de haberle arrancado la carne de los dientes.

Así volvió hambriento y apaleado a la alquería donde le esperaban sus camaradas, que, ansiosos de buenas noticias, le preguntaron:

—Y bien, ¿qué tal te ha ido? ¿Te gustó lo que te han repartido?

Pero le dio vergüenza confesar la verdad de que su banquete de boda había consistido en una solfa con una picante salsa de palos, y contestó:

—¡Ah, muy bien! pero la comida está allí muy abundante de pimienta, y no se puede soportar por lo fuerte y lo picante.

Los camaradas, cuando oyeron esto, se imaginaron que habría comido y bebido extraordinariamente en la boda, que le habrían echado buenas sobras de huesos con carne, e inmediatamente corrió saltando alegremente el segundo perro hacia la casa de la boda, se encaminó directamente a la cocina y cogió lo primero que encontró; pero antes que tomase la vuelta ya había sido sorprendido, y le echaron un puchero de agua hirviendo sobre el lomo, que le hizo salir disparado, humeante y chorreando agua como un perro de lanas cuando acaba de bañarse; a pesar de haberse quemado dolorosamente, sofocó sus lamentos, y cuando volvió

al cortijo donde le esperaban sus dos compañeros, éstos le preguntaron:

—Y bien, ¿qué tal lo has pasado?

—Perfectamente—contestó—; pero está aquello hirviendo demasiado y hace falta comer con mucho cuidado para no escaldarse.

—Entonces —pensó el tercer perro—, los convidados estarán ahora mediando la comida y alternarán los fiambres con los manjares calientes; así es que no quiero tardar, para encontrarme allí por lo menos a los postres, cuando sirvan los tiernos pasteles.

Y marchó corriendo a más no poder. Pero apenas entró en la casa fue sorprendido por un criado, que le cogió la cola contra la puerta de una habitación, le sobó la piel con un palo hasta dejársela curtida, y le apretó la cola tan fuerte, que le arrancó el pellejo; y el perro, con aquella avería, deshonrado por tener la cola desollada, escapó saltando.

—Y a ti, ¿qué tal te ha ido en la boda?  
—le preguntaron sus amigos con intención maligna.

El maltrecho perro escondió entre las piernas su pelada cola lo mejor que pudo para que no le observasen, y contestó:

—Muy bien; es una locura lo que allí se derrocha, pero tiene uno que saber dejarse caer el pelo.

Por mucho tiempo se acordaron los tres pe-

## Cuentos de Calleja

ros de lo bien que les habían sabido: la sopa de la boda, la salsa, los pasteles, y de lo bien que se regalaron todos ellos con el olor de los asados, y en adelante se conformaron con los alimentos que honradamente ganaban en casa de sus amos.





## EL GATITO ENFERMO

**U**NA vez había una pobre mujer que iba al bosque a coger leña. Cierta día, cuando venía con su hacecito a la espalda, vio echado detrás de un árbol un gatito enfermo que maullaba quejándose. La pobre mujer, compadecida, lo cogió en su falda y lo llevó a casa. En el camino le salieron al encuentro sus dos niños pequeñitos y, cuando vieron que la madre traía una cosa en la falda, la preguntaron:

—Madre, ¿qué traes?

Y quisieron que les diese el gatito; pero la compasiva mujer no se le entregó, por temor de que le maltratasen, sino que lo llevó a casa y lo colocó sobre unos vestidos viejos, y le dió



## Cuentos de Calleja

de beber leche. Cuando el gatito se hubo confortado y curado, echó a correr de pronto y desapareció de la casa. Pasado algún tiempo volvió a ir la pobre mujer al bosque, y cuando pasaba de nuevo con su carguita de leña a la espalda por el sitio donde había estado antes tendido el gatito, encontró a una dama muy distinguida que hizo señas a la pobre mujer para que se acercase, y la echó en la falda cinco agujas de hacer media. La mujer no sabía bien lo que significaba aquello, pues para regalo le pareció muy pequeño y raro; sin embargo, se llevó sus cinco agujas a casa, y por la noche las dejó sobre la mesa. Cuando la mujer se levantó a la mañana siguiente, encontró sobre aquella mesa un par de medias recién hechas. Esto asombró sobremanera a la pobre mujer, y a la noche siguiente volvió a poner las agujas sobre la mesa, y por la mañana había allí otras dos medias nuevas. Entonces comprendió que le habían sido concedidas estas laboriosas agujas en premio de su compasión con el gatito enfermo, y las dejó hacer punto todas las noches hasta que ella y sus hijos tuvieron bastantes medias. Después vendió muchas, y con el producto vivió feliz toda su vida, como premio a sus buenos sentimientos.







BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

## ÍNDICE

	<u>Pags.</u>
La joven y hermosa novia . . . . .	5
Ramillete de flores . . . . .	12
Dos hermanas envidiosas . . . . .	40
Un Príncipe perspicaz . . . . .	55
El caballero sin nombre . . . . .	58
El oso del bosque . . . . .	63
La armadura misteriosa . . . . .	72
El pobre ciego . . . . .	77
La justicia de un Rey . . . . .	82
Un cuento chino . . . . .	86
La astucia de un animal . . . . .	91
La casa de los fantasmas . . . . .	98
Un grano de granada . . . . .	104
Caín y Abel . . . . .	109
La fortuna improvisada . . . . .	113
La comida de boda . . . . .	118
El gatito enfermo . . . . .	122





**Cuentos de Calleja**



**Biblioteca Ilustrada**

**Cuentos de Calleja**



**Biblioteca Ilustrada**



BIBLIOTECA ILUSTRADA

